EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA MAYOR VENGANZA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

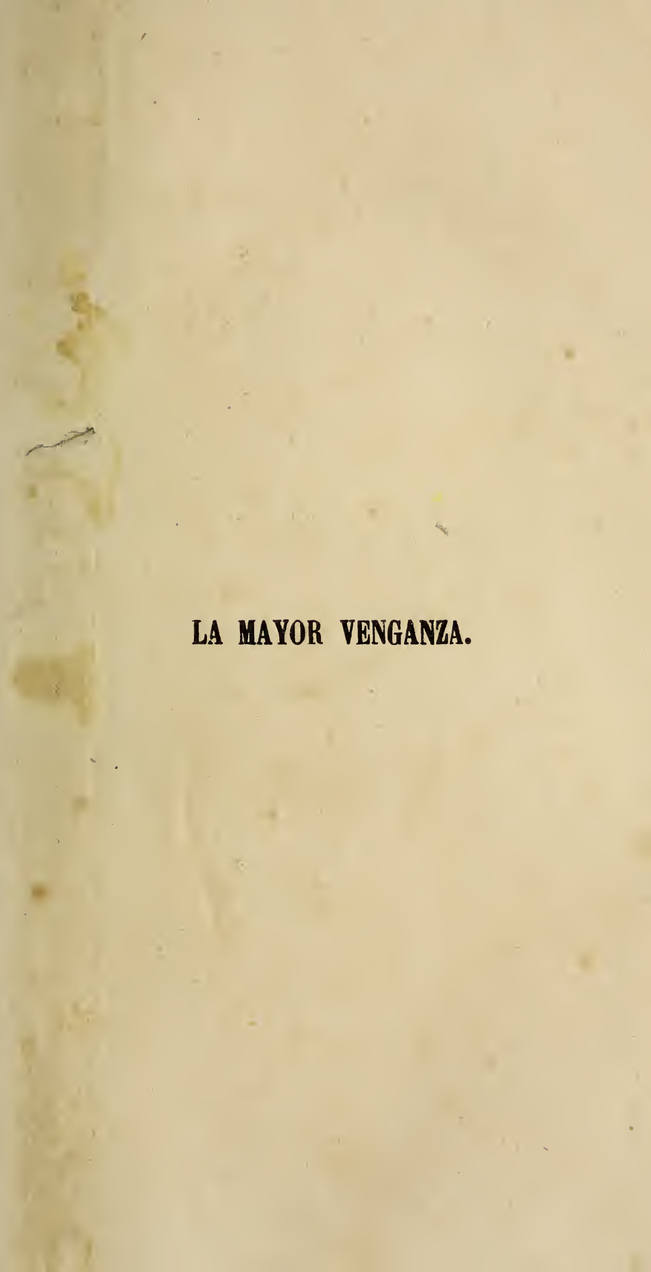
DON FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO.

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.--40.—2.°

1875.



LA MAYOR VENGANZA.

LA MAYOR VENGANZA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO.

Estrenado con extraordinario aplauso en el Teatro del CIRCO, la noche del 22 de Diciembre de 1874.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLEMENCIA, villana, de 18 años..	D.ª Elisa Boldun.
RITA, villana, de 50............	Concepcion Marin.
JAIME DE MONCADA, hidalgo, de 22........................	D. Rafael Calvo.
EL ABAD DE SAN MIGUEL, de 50.	Donato Gimenez.
DON FERRAN DE CORNEL, noble, de 50......................	Ricardo Guerra.
EL REY DON JAIME I DE ARAGON, de 30...................	Ricardo Calvo.
DON GONZALO DE AZAGRA, noble, de 50.....................	Romualdo Romero.
RAIMUNDO, escudero, de 50.....	José Capilla.
ALEJO, villano, de 25..........	José Calvo.
NUÑO, escudero, de 50..........	Julian Hernandez.
UN PAJE.....................	Jacinto del Castillo.
UN LEGO.....................	Federico Carrascosa.
UN CAPITAN....................	Antonio Fornoza.

Nobles, soldados y guardias.

La escena es en Cataluña, en el siglo XIII.

El autor se ha visto obligado á variar el título de esta obra pocos dias ántes de su estreno, por haber sabido que existía otra con el título más adecuado sin duda de La Mejor Venganza, que ántes había adoptado.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un pintoresco valle circundado de montañas.—Á la izquierda del actor, en el proscenio, hay una modesta casa, rodeada de parras, enredaderas y asientos rústicos.—Entre la casa y el valle hay separacion.—Á la derecha, sobre una pequeña plataforma, se ve una ermita, cuya portada adorna una escultura de la Vírgen.—Un torrente corre por el fondo del valle.—Es el amanecer.

ESCENA PRIMERA.

RITA, ALEJO y NUÑO.

Al levantarse el telon, vienen Alejo y Nuño por la derecha y Rita sale de la casa.

RITA. (Á Nuño.)
Tu señor ya está vestido.
NUÑO. ¿Y cómo tan de mañana?
RITA. En este mi humilde albergue
la noche habrá sido mala;
que es buena la voluntad,
pero...
ALEJO. La cena y la cama
no son tan buenas; en eso
pienso que aciertas, hermana.

NUÑO. Pero tú, Rita, ¿no sabes
que al mal tiempo buena cara?

ALEJO. ¡Cuidadito con la noche!

NUÑO. Si; tormentosa y cerrada
nos cogió; y aunque el castillo
en que habitamos, se alcanza
con la mano desde aquí,
en noche oscura ¿quién pasa
el precipicio que forman
el torrente y la montaña?

ALEJO. Digo, ¿y el salto del diablo?

NUÑO. ¡La santa Vírgen nos valga!

ALEJO. Yo, de noche, aunque me hicieran
ballestero de la guardia
de su alteza,—y ya tú sabes
que de serlo tengo ganas,—
aseguro, á fe de Alejo,
que ni á palos lo pasaba.

RITA. ¿Y quién es el caballero
que á tu señor acompaña?

ALEJO. Será un noble de la córte.

NUÑO. Es don Gonzalo de Azagra,
el mayordomo del Rey.

ALEJO. Y ¿á qué viene?

NUÑO. Se adelanta
á preparar hospedaje
á su alteza, que mañana
ó quizá esta misma tarde
vendrá al castillo. Aquí aguarda
á la reina que está en Vich,
y luégo la córte marcha
á Monserrat. Es promesa
que al atacar las murallas
de Valencia hizo don Jaime.

ALEJO. Al atacar las de Játiva
yo he de ir con él.

RITA. Dí, ¿y en dónde
ayer su alteza se hallaba?

NUÑO. En Centellas. Y por cierto,
Alejo, que en hora mala
á verle fué mi señor:
viene triste.

ALEJO. Me hace gracia
que digas que triste viene.
Pues ¿cómo fué, si la estampa
de la tristeza parece?
NUÑO. Grandes fueron sus desgracias
en Castilla. (Ap.) (Guardar debo
su secreto.)
RITA. Solitaria
vida lleva en Cataluña.
NUÑO. Y aunque tres meses acaban
de cumplir que aquí vinimos,
pienso que pocas semanas
en el castillo estaremos.
RITA. ¿Y adónde ireis?
NUÑO. No sé nada.
ALEJO. (Ap.) (¿Si será el Judío errante?)
NUÑO. Mas voy á ver qué me manda.
(Nuño entra en la casa.)

ESCENA II.

RITA y ALEJO.

RITA. Tú, hasta que esos caballeros
se hayan ido, no te vayas,
y sírvelos.
ALEJO. ¿Y tú...
RITA. Yo
aquí estaré hasta que partan.
(Vánse á la casa.)

ESCENA III.

CORNEL y AZAGRA.

CORNEL. (Viene del lado de la casa que da al valle. Llamando y acercándose á la puerta, dice:)
¡Nuño!
NUÑO. (Dentro.) ¡Señor!... (Se asoma.)
CORNEL. Don Gonzalo,
¿se ha vestido?...
AZAGRA. (Saliendo.) ¿Quién me llama?

¡Ah! Sois vos... ¿Cómo la noche,
primo don Ferran?

CORNEL. (Con inquietud.) No mala:
mas no me deis ese nombre.

AZAGRA. ¿Quién aquí nos oye?

CORNEL. Nada
se pierde en tener cautela.

AZAGRA. Como vos yo necesaria
la juzgo. ¿No participo
de vuestras amantes ansias,
y diera cuanto poseo
por lograr nuestra esperanza?...

CORNEL. (Con amargura.)
¡Hija mia!... ¡Oh!... No espero
conseguir ventura tanta.

AZAGRA. Yo sí; vamos ahora mismo
al convento, que la carta
del Rey habrá recibido
el padre Abad; y es tan alta
su virtud, y su influencia
es tan grande en la comarca,
que mucho espero de él.

CORNEL. ¡Ay! El deseo os engaña.

AZAGRA. Si es cierto lo que contaron
á Nuño, ¿no hemos de hallarla?

CORNEL. Mi venganza ¡cuántas veces
maldigo! Por ella tantas
han sido mis desventuras,
que me asusta el recordarlas.
Perdidos, muertos los seres
adorados de mi alma,
años há que vago errante,
soy extranjero en mi patria;
tengo que callar mi nombre
cual si cubierto de infamia
estuviese: vivo sólo
con mis ocultas desgracias,
llevando dentro del pecho
una inquietud que me abrasa.

AZAGRA. Muy infeliz habeis sido
en verdad.

CORNEL. Fué la venganza

placer traidor que llenó
mi vida de hiel amarga.
Aún hoy sus dejos crueles
mis horas tanto acibáran,
que por no haberle gustado
el corazon me rasgára.

AZAGRA. Funesta os fué, como os dije,
la guerra contra un Moncada.

CORNEL. ¡Don Lope!... ¡Oh! No quisiera
ni oir su nombre.

AZAGRA. Su fama
hay quien restaurar intenta,
diciendo que aquellas cartas
en que el proyecto de alzar
pendon de guerra anunciaba,
no iban al infante escritas,
sino al Rey.

CORNEL. (Ap.) (¡Cielos!)

AZAGRA. Mas hartas
pruebas presentásteis vos
de su traicion.
(Mudando la voz.—Pausa.) La mañana
nos convida; vamos ya
al convento.

CORNEL. Por Dios, nada
digais que indique quien soy.
(Acercándose á la casa.)
¡Nuño!

NUÑO. (Saliendo á la puerta.) ¿Qué mandais?

CORNEL. Á casa
vete tú con los caballos.

NUÑO. ¿Á pie ireis?

CORNEL. El paseo agrada.
(Vánse por la derecha Cornel y Azagra. Nuño se retira.)

ESCENA IV.

CLEMENCIA.

Aparece en el valle cogiendo flores y formando un ramo.—Sin bajar al proscenio, dice dirigiéndose á la ermita.

Mañanita de mayo,

serena y clara,
que de fragantes flores
el valle esmaltas;
dame risueña
para mi dulce Madre
tus flores bellas.
Madre del alma mia,
Reina adorada,
que mi orfandad proteges
y tierna amparas;
dame tu auxilio
por los humildes dones
de mi cariño.
Yo de brillantes perlas
quisiera ornarte,
y sólo darte puedo
flores del valle;
mas tú las amas,
porque en ellas mis besos
van y mis lágrimas.

(Pone el ramo ante la Vírgen, y al irse á arrodillar, se detiene oyendo gritar á Raimundo.)

RAIM. (Dentro, gritando.)
¡Que te mata! ¡Déjale!...

CLEM. (Volviendo la cabeza.)
¿Dónde ha sonado ese grito?
¿Quizá?...
(Se adelanta mirando hasta el extremo de la decoracion.)

JAIME. (Dentro.) ¡Caballo maldito!

CLEM. (Observando.)
Nada por aquí se ve...
(Se va hácia otro lado, mirando hácia todas partes, y queda un momento oculta por la decoracion.)

ESCENA V.

CLEMENCIA, JAIME y RAIMUNDO.

Clemencia, oculta al principio de la escena.

RAIM. (Saliendo por la izquierda.)

Despeñado ya te ví.

JAIME. (Id.) Tambien yo temí estrellarme,
pero al fin, pude arrojarme
y ningun daño sufrí;
lo que siento es la parada.

RAIM. Poco nos puede importar;
que hoy bien podremos llegar,
pues es breve la jornada;
y su alteza creo que aquí
trata de permanecer
algun tiempo.

JAIME. Es menester
verle pronto. (Ansioso.) ¡Oh! si allí
hallase á Cornel...

RAIM. ¿Fallida
se ha de ver nuestra esperanza?

JAIME. Como esta sed de venganza
es tormento de mi vida,
dudo hallarle.

RAIM. Si la traza
sale cual hemos pensado...

JAIME. ¡Cumpliremos lo jurado
exterminando su raza!

CLEM. (Vuelve á aparecer diciendo:)
Nada se ve... (Repara en Jaime y Raimundo.)
(Baja hácia ellos.) Mas ¿quizá?...

JAIME. (Mirando á la casa.)
¿No habrá nadie por aquí?

RAIM. (Viendo á Clemencia.)
Una mujer viene allí;
ella tal vez nos dirá...

JAIME. (Volviéndose á ella.)
Veamos. (Los dos se adelantan á su encuentro.)

CLEM. (Al llegar á ellos.) ¿Qué ha sucedido?
(Ap. reparando en Jaime con gozo y sorpresa.)
(¡Es él!)

JAIME. (Ap. sorprendido.) (¿Cómo aquí la hallo?)

RAIM. Se ha despeñado el caballo
y...

CLEM. (Con viveza á Jaime.)
Pero ¿no estais herido?

JAIME. No.—¿No te acuerdas de mí?

Te he visto otra vez.

CLEM. (Ap. gozosa.) (Creía
que ya no se acordaría.)
Tambien yo me acuerdo, sí.
¿Quereis descansar?

JAIME. Mayor
merced tu padre me hiciera.

RAIM. Llámale, sí.

CLEM. ¡Quién pudiera!

JAIME. (Afectuoso.) ¿No le tienes?

CLEM. No, señor.

JAIME. Mas no estarás sola aquí.

CLEM. No; y al momento tendreis
quien os sirva, si quereis.
Esperad. (Ap. yendo á la casa.) (¡Él!...)
(Entra en la casa.)

ESCENA VI.

JAIME y RAIMUNDO.

RAIM. ¿Cómo así
viéndola tan sólo un dia,
segun entiendo un instante,
te acuerdas?

JAIME. (Con naturalidad.) ¿Quién su semblante
celestial olvidaría?...

RAIM. Tú, que sólo aborrecer
supiste...

JAIME. Y odiando al mundo
sigo: mas no sé, Raimundo,
qué me infundió esa mujer,
que siempre que la pasion
de venganza me enajena,
su imágen dulce y serena
viene á herir mi corazon.

ESCENA VII.

DICHOS, CLEMENCIA, RITA y ALEJO.

RITA. (Yendo hácia ellos.)

¿En qué os podemos servir?

JAIME. Voy á Centellas...

CLEM. (Ap.) (¡Se va!)

JAIME. Y el viaje no puedo ya
en mi caballo seguir:
por la rienda refrenado
botando fiero, ha caido
con tal violencia, que herido
sobre una roca ha quedado.
Decidme dónde podría
encontrar otro.

ALEJO. No; aquí
no es fácil.

RITA. Alejo, sí.
¿Se fué Nuño?

ALEJO. Ahora salía.

RITA. (Á Alejo.) Pues vé á verle, ó al señor,
que hácia el monasterio va.
(Á Jaime.) Espero que os servirá.

AIME. Mucho estimo tal favor.

ALEJO. (Á Raimundo.)
Vamos.

RAIM. ¿Hemos de tardar?

RITA. Al instante le hallareis.
Vos, mientras vuelven, podeis (Á Jaime.)
un momento descansar.

(Vánse Alejo y Raimundo por la derecha.)

ESCENA VIII.

CLEMENCIA, RITA y JAIME.

Á invitacion de Rita se sientan junto á la casa.

JAIME. (Sentándose.) Y ¿quién es el caballero
que ha de servirme?

RITA. Un anciano
que en el castillo cercano
habita con su escudero:
aquí la noche ha pasado,
y hace poco que ha venido
de Castilla, donde ha sido

sin duda muy desdichado.

JAIME. (Con pena.) No más que yo.

RITA. ¿De Aragon sereis?

JAIME. Fué mi patria, sí:
mas desde niño viví
en Navarra y en Leon.

RITA. (Con pena.) ¡Aragon!... Tierra querida,
para mí de triste historia.

JAIME Tierra de odiosa memoria
para mí y aborrecida.

RITA. ¡Cuánto en ella sufrí yo!

JAIME. Sí; ya sé que está sin padre. (Por Clemencia.)

RITA. (Ap.) (¡Pobre hija mia!)

CLEM. Y sin madre.

JAIME. (Á Rita.) ¿No sois vos su madre?

RITA. No;
pero huérfana en la cuna
siempre tuvo mi querer.

JAIME. Pronto empezó á padecer
rigores de la fortuna.

RITA. Despues, cuando sosegada
pasaba nuestra existencia,
por los moros de Valencia
fué nuestra tierra asolada.
Murió mi esposo en la guerra,
y yo, triste y desvalida,
para salvar nuestra vida
huyendo vine á esta tierra.
Aquí, en mi amargo desvelo,
habrá un año que piadoso
me vió un monje bondadoso
que ahora es mi amparo y consuelo;
Y así ya de dulce calma
gozo en mis penas mayores,
aunque terribles dolores
ocultos llevo en el alma.
No os deis al quebranto vos
si la desgracia os abate;
que á quien la suerte combate
piadoso le ampara Dios.

JAIME. Es que la desdicha mia

creciendo irá sin cesar,
y nunca podré encontrar
ni sosiego ni alegría:
con carga funesta voy
cruzando la vida amarga,
y he de llevar esta carga
que llevo por ser quien soy.

RITA. ¡Bien desdichada es la suerte
del triste que nada espera!
(Aparecen Raimundo y Alejo per la derecha.)

ESCENA IX.

DICHOS, RAIMUNDO y ALEJO.

Al verlos entrar se levantan Jaime, Clemencia y Rita.

ALEJO. (Entrando.) Al llegar á la ladera
vimos al señor.

RAIM. (Á Jaime.) Á verte
nos ha dicho que vendrá.
Mas sabe que hoy á su casa
llega el Rey.

JAIME. ¿Por aquí pasa
su alteza? Mejor será
entónces que no marchemos.

RAIM. Cumplido tu objeto ves
y el viaje inútil ya es.

CLEM. (Ap. gozosa.) (¡No se va!)

JAIME. Pues esperemos.
Mucho á ese hidalgo agradezco...

RAIM. Dijo que vendrá á buscarte,
que es su deber hospedarte.

RITA. Humilde casa os ofrezco:
pero si no quereis iros,
el honor no nos quiteis
que estando aquí nos haceis.

CLEM. Ni á mí el placer de serviros.

JAIME. Á tal bondad y favor
desatento ser no puedo.

CLEM. ¿Os quedais, pues?

JAIME. Sí, me quedo;

luégo veré á ese señor.

ALEJO. (Á Raimundo, en ademan de dirigirse á la casa.)
Tambien mañana me iré
con el Rey.

RITA. (Á Jaime.) Yo pronto vengo
á serviros. (Como pidiendo vénia para irse.)

JAIME. Id. (Váse Rita por detrás de la casa.)

RAIM. (Señalando.) Ahí tengo
los potros... (Ademan de irse donde señaló.)

ALEJO. (Indicando la casa.) Yo los traeré.
(Váse Alejo por detrás de la casa, y Raimundo en pos de él.)

ESCENA X.

CLEMENCIA y JAIME.

CLEM. ¿Quién pudo pensar aquí
hallaros?

JAIME. Mi aciaga suerte
es la que me trae á verte
cual otra vez que te ví.

CLEM. Tristes frases os oí
tambien entónces.

JAIME. Mi sino
es sufrir; y así camino
por todas partes errante,
y no pararé un instante
hasta cumplir mi destino.

CLEM. Quizá vuestra suerte dura
se trocará venturosa.

JAIME. ¡Ah! No.

CLEM. ¿Es tan espantosa,
señor, vuestra desventura?

JAIME. De mis penas la amargura
tú no puedes entender.

CLEM. ¿Quién vivirá sin tener
horas de amargura llenas?
Y ¿cómo no entender penas
la que ha nacido mujer?

JAIME. Mi mal debiera decir
á quien sabe al alma hablar.

CLEM. Si no le puedo aliviar,
con vos le podré sentir.

JAIME. ¡Oh! Nunca he llegado á oír
palabras tan generosas;
que estas penas silenciosas
dentro del alma escondidas,
no han sido compadecidas
para ser más espantosas.
Tú sola, tú sola has sido
quien al ver un desdichado
con ternura le ha mirado
haciéndole agradecido:
nunca, hasta verte, he sentido
más que el odio y el rencor,
pues tan fiera su rigor
me hizo la suerte apurar,
que perdí patria y hogar,
fortuna, nombre y honor.
(Con creciente pena y pasion.)
Mi padre, que había lidiado
contra el Rey en Aragon,
ya en su amistad, de traicion
fué por un vil acusado.
Indefenso, calumniado,
de traidor fué su sentencia;
él entónces en Valencia
al alarbe combatía,
y en un combate perdía
la victoria y la existencia.
Nuestras suertes usurpadas
por sus enemigos fueron;
á cuchillo perecieron
nuestras leales mesnadas;
que con sus gentes armadas
el impostor invadió
nuestras villas, y logró
su ambicion de dominarlas,
que, niño para guardarlas,
no llevaba espada yo.
Por mi enemigo cruel
fué mi castillo incendiado,
y yo pude ser salvado

por ese escudero fiel
que me acompaña: con él
lejos de Aragon viví,
y tristes años sufrí
la ardiente sed de venganza,
y ahora tengo la esperanza
de poder saciarla aquí.
No sé dó se oculta el hombre
que busco, pero ya sé
que vive y me vengaré
de una manera que asombre:
no tengo patria ni nombre;
retoño soy de un traidor,
mas si con el deshonor
mi raza han exterminado,
yo exterminar he jurado
la raza del impostor.

CLEM. (Despues de una breve pausa.)
Me asombra el oiros tanto,
que no sabré qué deciros;
pues lo que siento al oiros
no sé si es piedad ó espanto:
salir quiere el dulce llanto
á los ojos compasivo;
pero en el pecho cautivo
se queda de horror helado,
porque al ver el desdichado
hallo en vos el vengativo.
¡De vuestra vida el contento
buscais solo en la venganza?

JAIME. Nunca tuve otra esperanza
en mi contínuo tormento;
pero ya en el alma siento
otra esperanza nacida.

CLEM. Con esa saña homicida
no hallareis más que la muerte,
pues viviendo de esa suerte
será una muerte la vida.

JAIME. Muriendo he vivido, sí;
pero en mi fiera amargura
gusté el bien y la ventura
el momento que te ví;

tal encanto dejó en mí
ese instante bienhechor,
que el recuerdo halagador
ha dado, cual grato ensueño,
no sé qué dulce beleño
á la hiel de mi dolor.
Sí; con mi pena sombría,
sin un momento de calma,
y con el odio en el alma,
sin luz y yerto vivía;
reina en mi pecho crecía
sola mi fiera pasion;
mas cual rauda aparicion
viniste á mi noche oscura,
y un resplandor de luz pura
llegó á herir mi corazon.
Desde entónces encendida
la llama en mi pecho veo
de un misterioso deseo
de una dicha no sentida;
ya no amo sólo la vida
por saciar la abrasadora
sed de venganza que ahora
me irrita; quiero tambien
hallar, gozar ese bien
que mi corazon ignora.
¿Por qué infundistes en mí
este misteriososo anhelo?
¿Qué bien puede darme el cielo
que no me le dió hasta aquí?...

CLEM. ¡Ay! Tambien yo conocí
la tristeza y el pesar;
sin familia, sin hogar,
por la piedad amparada ..

JAIME. ¿Eres tambien desdichada?

CLEM. Tambien tengo que llorar.
(Con creciente pasion.)
Aquí una mujer bendita
me da su amor bondadosa,
y hallo otra madre amorosa
en el templo y en la ermita.
Á ella encomiendo mi cuita

y confío mis pesares;
y de estos bellos lugares,
ofrenda de mis amores,
fragantes ramos de flores
llevo á sus ricos altares.
Á veces digo mis penas
á las fuentes y á las aves
que llenan de ecos suaves
estas campiñas amenas;
entónces brotan serenas
lágrimas que van dolientes
á mezclarse en las corrientes
que el valle florido bañan,
y mis quejas acompañan
los pájaros inocentes.
Á veces mis penas son
no sé qué anhelos de glorias
ó qué confusas memorias
que me llenan de afliccion:
á veces el corazon
siento de angustia oprimido;
y aquí en mi albergue querido
me lamento dolorida
como paloma escondida
que gime sola en el nido.
Se va un dia y otro dia
y vienen nuevas auroras,
y siempre pasan las horas
lentas para el alma mia;
sólo en la noche sombría
halla alivio mi dolor,
que entónces encantador
otro mundo sueña el alma
adormida en dulce calma
de las auras al rumor.

JAIME. (Que la ha escuchado con creciente interés y complacencia, dice, despues de una breve pausa:)

El alma suspensa oí
la armonía sobrehumana
de tu voz; no eres villana
ni eres mujer; ángel sí.
¿Cómo es posible que así

triste pase tu existencia,
si calma da tu presencia,
tus palabras son de paz
y gozo infunde tu faz?
¿Cuál es tu nombre?

CLEM. Clemencia.

JAIME. ¡Clemencia!... Doquiera esté,
ya que el bien de verte pierdo,
tu dulcísimo recuerdo
jamás de mí apartaré:
de tí ausente, en él tendré
mi dicha.

CLEM. ¿Vais á ausentaros?
(Ap., con pena.)
(¡Oh!) Quiera el cielo quitaros
vuestros rencores de muerte.

JAIME. Prometo volver á verte.

CLEM. Yo os prometo no olvidaros.

ESCENA XI.

DICHOS y el P. MANUEL.

CLEM. (Dirigiéndose al encuentro del P. Manuel, que aparece por el valle ántes de terminada la escena anterior.)
Padre Manuel, buenos dias. (Le besa la mano.)

P. MAN. ¡Hija, bendígate el cielo!...
(Á Jaime.)
Y á vos, hijo, Dios os guarde.

JAIME. Padre, las manos os beso.
(Ap.) (¡Qué monje tan venerable!)

P. MAN. (Ap.) (¡Oh! qué gallardo mancebo!)
¿Con don Gonzalo de Azagra
habeis venido?

JAIME. No; vengo
de Aragon.

P. MAN. ¿Sois caminante?
Clemencia, ¿y el caballero
que aquí ha pasado la noche?

CLEM. Allí viene. (Señalando á la derecha.)

ESCENA XII.

DICHOS, CORNEL y AZAGRA.

AZAGRA. (Entrando, á Cornel.) (Irme siento
sin verle... Mas ¿será aquel?)
(Viendo al P. Manuel.)
¿El abad del monasterio (Acercándose.)
de San Miguel, sereis vos?
(El P. hace signo afirmativo.)
De buscaros vengo.

P. MAN. Á veros
he venido, pues sabía
que estabais.

AZAGRA. Os lo agradezco.

P. MAN. (Por Cornel.)
Vos el hidalgo sereis
que vino hace poco tiempo
á morar en el castillo
de Azagra.

CORNEL. Y servidor vuestro.

AZAGRA. (Á Cornel.)
Don Pedro Nuñez, mi amigo,
á quien infaustos sucesos
hoy arrojan de Castilla.

JAIME. (Á Cornel.)
Es, pues, á vos, caballero,
á quien hoy por mí han pedido
un caballo.

CORNEL. Y varios tengo
con que os sirvais si quereis.
Y si os quedais os ofrezco
mi casa.

JAIME. Á vuestra bondad,
señor, obligado quedo.
Mientras que con su merced
hablais, aquí os espero.

CORNEL Pronto iré.

JAIME. Que Dios os guarde.

CLEM. (Á Jaime.) Voy con vos.

P. MAN. Guárdeos el cielo.

(Entran en la casa Clemencia y Jaime.)

ESCENA XIII.

EL P. MANUEL, CORNEL y AZAGRA.

P. MAN. Aún el asombro me dura
que anoche me causó el pliego
de su alteza.

AZAGRA. Pues tened
cuanto os refiere por cierto.

P. MAN. ¿Los vasallos de don Lope
vengarse así pretendieron
en la hija y en la esposa
de Cornel?

AZAGRA. Sí: yo sospecho
que el mismo don Lope fué
y no sus fieles pecheros,
quien se vengó de mi primo.

P. MAN. (Con viveza.)
¡Oh!... no: don Lope había muerto.

AZAGRA. Pues yo tengo algunas dudas,
y que es él quien guarda creo
á la niña. Condenado
por traidor quizá viviendo
oculto andará.

P. MAN. (Con intencion.) No hay duda
que murió.

AZAGRA. Mas...

P. MAN. Yo recuerdo
algo de aquellas historias,
y así juzgo, porque creo
que si don Lope *en el mundo*
estuviese, hubiera hecho
algo para remediar
sus daños.

AZAGRA. ¿Cómo?

P. MAN. El proceso
en la acusacion fundado
de Cornel era incompleto.
(Á Cornel.) Juzgad vos. En Aragon
condenar es contra fuero
los nobles sin estar

de su delito confesos.
Don Lope en Valencia estaba
y ni siquiera le oyeron;
que don Jaime era muy mozo
y el Justicia amigo y deudo
de Cornel.

AZAGRA. Pero en las cartas
que dió mi primo al consejo
bien claramente á entender
daba don Lope su intento
de renovar contra el rey
la guerra.

P. MAN. Sábelo el cielo;
pues como don Lope apenas
fué á Valencia, combatiendo
con los moros pereció...

CORNEL. Y ¿os fundais en su silencio
para pensar que no vive?

AZAGRA. ¿Y cómo entónces tan fieros
sus vasallos?

P. MAN. No sé bien
los posteriores sucesos,
porque fuera de Aragon
he vivido mucho tiempo;
mas como guerra Cornel
les hizo, don Lope muerto,
vengarse tal vez quisieran
no por su señor, por ellos.
Yo nada de eso sabía;
mas he de poner empeño
en devolverle su hija
á Ferran.

AZAGRA. Pero vos...

CORNEL. (Ap. sorprendido.) (¡Cielos!)
(Á Azagra.) (¡Callad!)

AZAGRA. ¿Que vive creeis?

P. MAN. Pensé entender en el pliego
de su alteza que su muerte
propalais así creyendo
hallar á vuestra sobrina.

AZAGRA. ¡Oh! No penseis ..

CORNEL. (Ap.) (¡D escubierto

estoy y todo perdido!...)

P. Man. Voy á escribir al momento
al Rey que espero encontrarla
si es que está aquí.

Azagra. Al escudero
de Ferran habrá ya un año
que le refirió el suceso,
como sabeis, un vasallo
de don Lope, que es su deudo.

P. Man. Yo aquí vasallos conozco
de Moncada.

Azagra. En vos espero.
Y ya con vuestra licencia...

P. Man. ¿Os vais á Vich?...

Azagra. Sí, ya os dejo.

P. Man. Pues Dios os guíe.

Azagra. Él os guarde.

Cornel. Con Dios quedad.

Azagra. Pronto á veros
he de volver.
(Váse Cornel y Azagra por la izquierda.)

ESCENA XIV.

EL P. MANUEL, ALEJO y RITA.

P. Man. (Al ver salir á Alejo.) ¿Y tu hermana?

Alejo. Ahí viene; pero yo vengo
adelantándome á ella
á pediros...

Rita. (Saliendo.) Padre, buenos
dias. (Le besa la mano.)

P. Man. Dios os guarde.

Alejo. Digo,
padre, y á mi tema vuelvo,
que por Dios y por los santos
me ayudeis en el empeño
que tengo de ser soldado:
aquí paso mal el tiempo:
el arado no me gusta,
quiero mejor otro hierro
con que en vez de rajar tierra,

que ningun daño me ha hecho,
pinche y corte carne mora,
que es mucho mejor empleo.

P. Man. Pero ¿y dejas á tu hermana
por fin?

Rita. Grande sentimiento
me da su separacion.

Alejo. Pero sola no la dejo,
pues con Clemencia se queda
y vos la amparais.

P. Man. Es cierto;
y aunque ahora difícil es,
quizá hoy mismo tu deseo
lograrás.—Ántes que abrume
el sol llevarás un pliego
á su alteza de mi parte.

Alejo. Pero ¿ver al Rey yo puedo?

P. Man. ¿No has de poder? Has de darle
la carta tú.—Al monasterio
vé á esperarme.

Alejo. Voy al punto.

ESCENA XV.

DICHOS, ménos ALEJO, y CLEMENCIA.

Alejo. (Saliendo, á Clemencia, que viene.)
Hoy he de ser ballestero. (Váse.)

Clem. Rita, me ha encargado mucho
el señor, que no tardemos
en ir al castillo hoy
á arreglar los aposentos
para la reina y sus damas.

Rita. ¿Y el huesped?

Clem. ¿El forastero?
se marcha con el señor.

Rita. Pues dile que pronto iremos. (Váse Clemencia.)

ESCENA XVI.

EL P. MANUEL y RITA.

. Man. Para poder á su alteza

el pliego, Rita, enviar,
vos me teneis que ayudar.

RITA. (Sin entender.) ¿Yo?

P. MAN. Sí; ¿os causa extrañeza?

RITA. Padre, no comprendo nada;
ni sé por qué me dijísteis...

P. MAN. Vos nodriza y aya fuísteis
en la casa de Moncada.

RITA. Sí, quien soy os revelé
y mi vida os he contado.

P. MAN. Pero me habeis ocultado
lo que más importa.

RITA. (Con inquietud,) ¿Qué?

P. MAN. (Severo.) La venganza que tomaron
muerto ya vuestro señor
sus vasallos. (Rita se estremece.) ¿Qué temblor
es ese?

RITA. (Alarmada.) ¿Ya os revelaron?...

P. MAN. Todo; y no extrañeis que exija
que cumplais vuestro deber,
porque hemos de devolver
á Ferran Cornel su hija.
Decid, pues....

RITA. (Confusa y alarmada, ap.)
(Dios mio!) ¡Padre!...
¡Piedad de mí!... (¿Quién pensó?...)

P. MAN. (¡Pero... será!...) (Ap. sorprendido.)

RITA. (Clamando.) ¡Ved que yo
la quiero como una madre!...

P MAN. (Asombrado.)
(¿Qué dice?...) Pero... ¿es Clemencia?...

RITA. (Id.) Pues ¿no lo sabiais vos?

P. MAN. No. Bendigamos de Dios
la piadosa Providencia.
Yo sólo había sabido
que de ser asesinada
un vasallo de Moncada
la libró.

RITA. Fué mi marido.

P. MAN. ¿Y por qué callado habeis?

RITA. Cuando mi vida os contaba
reveláros lo no osaba;

pero ya que lo sabeis,
padre, callad por favor!

P. MAN. No os pertenece el secreto.

RITA. Mas sabeis que ella fué objeto
siempre de mi tierno amor.
Cuando era niña quería
decirla que fuí su madre;
pero la hablé de su padre
pensando que volvería;
aunque como en mi pobreza
no podía regalarla,
juzgué mejor ocultarla
de su cuna la nobleza.
Despues, con solicitud
como á noble la he criado,
y su corazon formado
para el bien y la virtud.

P. MAN. ¿Por qué la guardasteis?

RITA. Yo,
decidme, ¿qué hacer podía
cuando mi Ramon vivía?

P. MAN. Y despues?

RITA. Oí que murió
Cornel... y luego á sellar
mis labios siempre ha venido
el amor, cuando he querido
el secreto revelar. (Pausa.)
Sí, padre; há tiempo que un dia
la ví en Monserrat llorando,
y despues se fué anublando
el cielo de su alegría.
De su suerte se quejaba
llorando en la soledad;
vaga y secreta ansiedad
su corazon agitaba;
huérfana, sola, doliente
no la bastaba mi amor;
quizá el juvenil ardor
sintió su pecho inocente:
quizá soñó las delicias
del hogar en que nació;
quizá con ansia soñó

de su madre las caricias;
y mientras con más anhelo
yo alegrarla procuraba,
con más tristeza elevaba
su pura mirada al cielo:
el secreto en mi afliccion
me ahogaba dentro del pecho:
quise entónce haberos hecho
la horrible revelacion,
y no pude... ¡hija querida!...
(Rompiendo en llanto.)
Tened compasion de mí:
ved que si el ser no la dí
es su cariño mi vida.

P. MAN. No derrameis ese llanto
por un mal que no vendrá.
¿Ó pensais que os dejará
la que os ha querido tanto?

RITA. ¡Hija mia!

P. MAN. Mas ya veis
que es hacerla desdichada
de su padre separada
tenerla.

RITA. Pero ¿creeis
que aún alienta ese malvado?
Me atormenta la memoria
su trisle y odiosa historia.

P. MAN. ¿Aún no le habeis perdonado?

RITA. Vencido está ya mi encono,
padre, bien lo sabeis vos: (Con vehemencia.)
mas cuando no pienso en Dios,
ni por ella le perdono.

P. MAN. Pues Dios os dé su favor
para olvidar.

RITA. Se le pido:
mas ¿cómo dar al olvido
á don Lope mi señor
y á su hijo?

P. MAN. (Queriendo dominar su emocion.)
¿Todavía
los llorais de esa manera?
(¡Pobre Rita!) (Ap. con ternura.)

RITA. ¡Si viviera
mi señor!...

P. MAN. Perdonaría:
que el hombre á su perdicion
al buscar venganza va,
y ni la dicha hallará
ni á su mal reparacion.

RITA. (Afligida.)
Cuando el mal que aquella guerra
de destruccion y de duelo
causó, ¿la tendrá?

P. MAN. (Con solemnidad.) En el cielo,
si no la encuentra en la tierra.

RITA. ¡Ay! Pero...

P. MAN. Aquí Dios clemente
tambien repara y perdona
dando al justo la corona
y salvando al inocente. (Pausa.)
Mas vos no esteis angustiada,
que ningun peligro os viene;
aunque diré quien la tiene,
hasta que esteis perdonada
nadie sabrá que sois vos.
¿Sabe algo Alejo?

RITA. (Ap., con angustia.) (¡Dios mio!)
No, señor.

P. MAN. Pues yo os lo fio;
nada temais. Guárdeos Dios. (Va á irse.)

RITA. (Alarmada.)
¡Oh! Pero ¿qué vais á hacer?

P. MAN. El pliego al Rey enviarle.

RITA. (Alarmada y queriendo detenerle respetuosa.)
¿El secreto á revelarle?

P. MAN. (Con solemnidad.)
Rita, cumplir mi deber.
(El Padre se vuelve y empieza á andar lentamente hácia el valle.)

ESCENA XVII.

DICHOS y CLEMENCIA.

RITA. (Desolada.)
Sin ella ya... sin su amor,
padre, ¿qué va á ser de mí?

CLEM. (Llegando.)
¿Por qué estás llorando asi?

RITA. (Sin fijarse.)
¡Sola, sola en mi dolor!...

CLEM. (Con ternura.)
Por Dios, Rita, ten más calma.
Si tu hermano te dejó,
¿no quedo contigo yo?

RITA. (Cayendo en sus brazos.)
¡Hija, hija de mi alma!...
(El P. Manuel las contempla un instante conmovido y se vuelve lentamente hácia el valle. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Galería baja y parque del castillo.—Entre los árboles del parque se ve muro almenado y un torreon.

ESCENA PRIMERA.

CORNEL, AZAGRA y NUÑO.

Azagra viene en pos de Cornel empezada la escena.

CORNEL. ¡Nuño!... (Sale por la izquierda llamando.)
NUÑO. (Despues de un momento, por la derecha.)
¡Señor!...
CORNEL. ¿Concluísteis?...
NUÑO. Nos queda poco trabajo,
y Rita está con su hija
ya la escalera adornando.
Con las flores de los parques
hicimos hermosos ramos,
y todo queda tan bien,
que los reyes al mirarlo
no pensarán que el castillo
sin moradores ha estado
tan largo tiempo, y que en él
hombres solos habitamos.
CORNEL. ¿Y el hidalgo?

NUÑO. ¿Quién? ¿El huesped?
Conmigo aquí estuvo hablando
hace un momento. Anda triste
y pensativo.

CORNEL. ¿El recado
llevastes al padre abad
de que esta noche esperamos
al fin á los reyes?

NUÑO. Sí;
pero no pude encontrarlo;
á la villa se había ido.

CORNEL. Á tí, buen Nuño, te encargo
que tengas, cuando el rey llegue,
gran prudencia.

NUÑO. No hay cuidado
por mí; si á vos no os conocen...

CORNEL. (Con amargura.)
¡Oh! no, que en los quince años
en que fuera de Aragon
he vivido así penando,
he envejecido

AZAGRA. Ademas,
yo la noticia propalo
de vuestra muerte; y al verme
en Aragon disfrutando
todos vuestros señoríos,
en paz, ¿quién ha de dudarlo?

CORNEL. Hoy temí que el padre Abad
me descubriera.

AZAGRA. Es muy raro
lo que pasó; mas sospecha
la verdad, que propalamos
la voz, porque á vos la niña
nunca os darán.

NUÑO. Lo juraron,
segun me dijo mi primo.

CORNEL. (Con amargura.)
Yo más creo que inhumanos
la dieron muerte. ¡Hija mia!...
Ya ves, ha pasado un año
desde que te refirió
el suceso, y no la hallamos.

NUÑO. ¿Sospecharán que vivis?
CORNEL. ¿Y cómo han de sospecharlo,
si ántes de que propalára
en la córte don Gonzalo
mi muerte, por muertos muchos
en Aragon me juzgaron?
¿No he vivido solo y triste
de todo el mundo ignorado,
sin los seres que formaban
mis delicias y mi encanto?...
¡Para siempre los perdí!...
Hija, sí; te asesinaron...
cortando el hierro inclemente
de mi vida el dulce halago;
á tí, mi esposa querida,
te mató el fiero quebranto,
y á mí tan terribles penas,
¡infeliz! no me mataron.
NUÑO. (Ap.) (¿Que siempre ha de estar así?...)
(Váse por la derecha.)

ESCENA II.

CORNEL y AZAGRA.

AZAGRA. Primo don Ferran, más ánimo.
Yo confío en el abad.
CORNEL. Yo no, porque ví bien claro
que es amigo de don Lope.
AZAGRA. Pues por eso sus trabajos
fruto podrán dar muy pronto:
conoce algunos vasallos
suyos, dijo, y ya habrá ido
á la villa á preguntarlos.
Esperad como yo espero.
(Cambiando de tono.)
Mas á recibir me marcho
á la reina, que ya es hora.
CORNEL. Todavía no han llegado
los equipajes. Y ¿el rey?
AZAGRA. Cuando no ha venido, es claro
que á unirse en Vich á su esposa

ir ha debido. No es largo
el viaje. Con Dios quedad,
y hasta luégo.

CORNEL. Con vos salgo.
(Vánse por la izquierda.)

ESCENA III.

JAIME.

Viene con aire sombrío por la derecha.

¡Qué lento y triste es el tiempo
en esta ansiedad pasado!...
Y ¡cómo aviva mi encono
todo cuanto estoy mirando!...

ESCENA IV.

CLEMENCIA y JAIME.

Clemencia sale del torreon ó viene por el fondo izquierda, dirigiéndose á la derecha. Viendo á Jaime, dice:

CLEM. ¡Ah! sois vos... ¿Qué haceis aquí
siempre tan solo?

JAIME. Esperar
al Rey, que debe llegar
pronto.

CLEM. ¿Vais á hablarle?

JAIME. Sí:
á él me quiero presentar
como hidalgo. Así entraré
en su guardia, y si consigo
mi deseo, seguiré
siempre á la córte y podré
encontrar á mi enemigo.

CLEM. (Con pena.)
¡Cuándo ese afan que os agita
se ha de calmar!

JAIME. El deseo

de encontrarle que me irrita,
más aumenta y más excita
cuanto en este sitio veo.

CLEM. ¡Quién os pudiera volver
la alegría y el sosiego!...
Pero ¿qué podrán valer
ni las palabras ni el ruego
en una pobre mujer!...

JAIME. (Acercándose cariñoso.)
No digas tal, vida mia;
no, ven; que tu voz resuena
como encantada armonía
que la tormenta bravía
de mi corazon serena.
¡Oh! sí: mas, mira... (Mostrándola el parque.)
así era
el parque de mi morada
señorial, y altiva y fiera
su mole alzaba severa
la muralla así almenada.
Al venir á la memoria
la mansion de mi alegría,
¿no he de pensar en mi historia
y en los ensueños de gloria
que en mi niñez yo tenía?

CLEM. ¡Olvidad!... ¡Oh! yo os lo pido;
y al menos hallareis calma
si no dicha.

JAIME. ¡Bien querido!...
¡Oh! sí: á tu lado olvido
y otra dicha sueña el alma.
Que si horas de dolor llenas
sufro viviendo cautivo
de mi mal en las cadenas;
si mis recuerdos son penas
y sin esperanzas vivo;
si en esta mi noche oscura
de pesares y de enojos
todo aumenta mi amargura,
calma encuentro en tu ternura
y encuentro luz en tus ojos.
La muerte fiera y cruel

rasga mi pecho doliente;
tú le ves lleno de hiel,
y de tu afecto inocente
viertes el bálsamo en él.
Tú, mi génio bienhechor,
del abrasado erial
de mi vida de dolor,
como fecundo raudal
haces brotar el amor.
¿Cómo gozoso al mirarte
con encanto no he de hablarte,
si en mi desdichada suerte
mi sola alegría es verte,
mi solo bien será amarte?... (Breve pausa.)
¿Me amas tú así?

CLEM. Cuando os ví
cual yo, solo y desdichado,
acaso piedad sentí
por vos: no lo sé: mas sí
sé que nunca os he olvidado.
Hora ¿qué decir sabré
oyéndoos hablar de amores
si nada de amores sé;
que mi mundo el valle fué
con sus aves y sus flores?...
Pero la grata armonía
de vuestras frases resuena
como vaga melodía
que de dulce encanto llena
penetra en el alma mia:
despierta al blando murmullo
de su sueño celestial:
yo he visto al rojo capullo
abrir su seno al arrullo
de la brisa matinal;
yo he visto que en los alcores
si un pájaro suspiraba,
al eco de sus clamores
como á calmar sus dolores
otro pájaro llegaba;
y he visto á las mariposas
posar el ligero vuelo

en el cáliz de las rosas,
y unidas luégo y gozosas
volando subir al cielo.
Tambien así calmará
un alma de otra el dolor
y en gozo le trocará,
y así tambien unirá
dos almas el casto amor.

JAIME. (Con efusion.)
¡Sí las unirá, alma mia!...
Habla, que escucharte anhelo,
pues en mi pena sombría,
de esperanza y alegría
me haces contemplar un cielo.
¡Bendito Dios, que piadoso
dejó para nuestro bien
este amor puro y hermoso
como recuerdo dichoso
de las glorias del eden!...
¡Cuándo con mi amor mi vida
podré consagrarte yo!...

CLEM. ¡Ay! Villana desvalida,
¿podré, en verdad, ser querida
de quien tan noble nació?
¡Si yo tuviera, ay de mí!...
nobleza, gloria y poder...

JAIME. (Estremecido.)
¡Oh! ¡Calla!... que al verte aquí
cruzó esa idea por mí
haciéndome estremecer.

CLEM. Mas...

JAIME. ¡Oh! sí: si noble fueras,
este amor que es mi alegría
en el pecho le ahogaría;
y porque jamás le vieras
de tí el infamado huiría.
¿Cómo pudiera aspirar
si fueses noble, á la gloria
de tu cariño alcanzar!...

CLEM. No volvais á recordar
vuestra desdichada historia.

AIME. ¡Ay! Constante noche y dia

está en la memoria mia
avivando mis furores.

CLEM. Esos funestos rencores,
¿cómo yo los templaría?
Con mi llanto os he rogado,
mas es en vano, lo sé.

JAIME. Ángel puro, dueño amado,
ese llanto regalado
con mi vida pagaré:
yo, que nunca hallé hasta aquí
más que pesares y enojos
y ni amor ni piedad ví,
¿qué no haré por unos ojos
que saben llorar por mí?

CLEM. ¿No os marchareis?

JAIME. Engañar
yo no puedo tu ternura.

CLEM. Pero ¿os ireis á vengar?

JAIME. Yo volveré á tí á buscar
mi alegría y mi ventura,
que todo cuanto perdí
en tí me dará el amor;
y tú serás para mí
mi única nobleza, sí,
tú mi gloria, tú mi honor.

ESCENA V.

JAIME y RAIMUNDO.

Clemencia se va por la derecha luégo que entra Raimundo.

RAIM. (Por la izquierda, llamando.)
¡Jaime!... ¡Jaime!...

JAIME. (Yendo hácia él.) ¿Qué?

RAIM. (Gozoso.) Tenemos
prenda de venganza ya.

JAIME. ¿En dónde Cornel está?

RAIM. No sé; pero encontraremos
á su hija.

JAIME. (Defraudado.) ¡Una mujer!...

RAIM. Pero si á ella la hallamos

pronto con el padre damos.

JAIME. Y ¿qué has podido saber?...

RAIM. Hace un momento han llegado
varios soldados y pajes
trayendo los equipajes,
y por ellos me he enterado
de que ese monje envió
con Alejo al Rey un pliego,
y el Rey leyéndole luégo
á los nobles refirió
que el padre abad ha sabido
que la hija del vil Cornel
está cerca de aquí...

JAIME. ¿Y él
á buscarla habrá venido?...

RAIM. Sin duda verdad será
lo que en Barbastro yo oí
de que está el infame aquí.

JAIME. (Con fiereza.) Mi esperanza se verá
cumplída al fin.

RAIM. Le hallaremos
y á su hija no ha de encontrarla
porque ántes he de matarla.

JAIME. ¡Oh! sí, sí: nos vengaremos.
Y ¿ese monje?

RAIM. Debió ser
sin duda muy gran amigo
de nuestro fiero enemigo
segun puedo comprender.
Quizá encubrió su maldad
y protegió su traicion.

JAIME. ¿Tendrá un negro corazon
quien respira tal bondad?
(En tono de amenaza.)
¡Oh! pues si ese monje fuese
el que á Cornel secundó...

RAIM. Eso no aseguro yo,
pero...

JAIME. Yo haré que le pese.

RAIM. Y yo.

JAIME. En tu fiera hidalguía
mi mejor auxiliar hallo.

RAIM. De tu padre fiel vasallo
es su venganza la mia.
¡Oh! sí; si mi brazo alcanza
al que le pudo infamar...

JAIME. No, que quiero yo gozar
del placer de la venganza.
Al vil de su infamia cuenta
mi espada le tomará.

RAIM. Mas la hija... esa será
para mi daga sangrienta. (Pausa.)
(Pasan ballesteros por el fondo hácia la izquierda, y un Paje se dirige al proscenio.)

JAIME. Vamos á ver si podemos
saber algo más.

RAIM. Sí. (Vánse al fondo izquierda.)

ESCENA VI.

CORNEL, NUÑO y el PAJE.

PAJE. (Á Cornel, que viene con Nuño por la izquierda.)
Diga
vuesarced: ¿dónde ponemos
los equipajes?

CORNEL. (Á Nuño.) Arriba
en las salas del Poniente
que dan á la galería
del torreon. Mas espera,
Nuño: mejor es que Rita
lo haga. Dile que venga.

NUÑO. No sé dónde está.

CORNEL. Su hija
estaba en la torre: llámala
y dí que venga en seguida.
(Nuño se va por el fondo derecha.)

ESCENA VII.

CORNEL y el PAJE.

PAJE. Tambien vendrá pronto un paje

de la reina. ¡Qué alegría
habrá tenido esta tarde
su alteza con las noticias
que el abad de San Miguel
ha escrito al Rey!

CORNEL. ¿Qué decía
el pliego?

PAJE. Que ya encontró
no sé cómo, á la sobrina
de don Gonzalo de Azagra.

CORNEL. (Con asombro y alegría.)
¿Es verdad?... ¿Vive mi hija?...

PAJE. ¿Vos?... (Sorprendido.)

CORNEL. (Con ansiedad.) ¿Qué más sabeis?

PAJE. No más,
sino que el abad afirma
que amante á la niña guarda
una mujer que nodriza
fué en la casa de Moncada,
y que ha de estar en la villa
segun creo, pues el Rey,
gozoso con la noticia,
eso dijo... ¿Mas vos?...

CORNEL. Sí;
soy Cornel.

PAJE. (Con júbilo.) (Buenas albricias
he de ganarme, ahora mismo,
porque nadie se lo diga
ántes que yo á sus altezas,
corro á su encuentro. Bendiga
Dios á su merced.
(Váse presuroso por la derecha.)

CORNEL. (Trémulo de emocion y gozo.) Yo corro
á ver al abad. (Yéndose.) ¿La dicha
tendré de encontrarte al fin?...
¿En dónde estás, hija mia?...

ESCENA VIII.

CORNEL y CLEMENCIA.

CLEM. (Viene por el fondo derecha.)

¿Qué me quereis, señor?
CORNEL. (Sin pararse.) Nuño
os lo dirá. (Váse por el fondo derecha.)
CLEM. (Sorprendida.) ¡Qué de prisa!...
Si parece que va huyendo...
¿Para qué me llamaría? (Pausa.)

ESCENA IX.

CLEMENCIA y RITA.

RITA. (Saliendo por la derecha.)
¿Con quién hablabas aquí?
CLEM. Con el señor: me ha llamado,
pero despues se ha marchado,
y no sé...
RITA. Ya Nuño á mí
me habló. Mas dí, ¿no has estado
con el hidalgo?
CLEM. (Ruborosa.) ¿Con quién?
RITA. Con el hidalgo, hija mia;
desde aquella galería
te he visto hablando tambien
y...
CLEM. Á piedad te movería
si le oyeras referir
su historia. Sin conmoverte
no la podrias oir.
RITA. ¿Quién no tendrá que sufrir
los rigores de la suerte?
CLEM. Sí, Rita; pero tan triste
es la suya y tan cruel,
que hace llorar.
RITA. (Sorprendida.) ¿Qué dijiste?
Pero ¿acaso ya pusiste,
hija, tus ojos en él?
CLEM. (Cortada.) ¡Qué!...
RITA. Del rubor con el fuego
tu frente está enrojecida.
Piensa en tí, por Dios te ruego;
vas á perder tu sosiego
mañana con su partida.

¡Oh! ¿por qué le habrás hablado?
CLEM. No, Rita: no pienses... mira...
como es tan desventurado...
RITA. ¿Por él te has interesado?
Y ¿es piedad lo que te inspira
su desdicha?
CLEM. ¿Qué ha de ser?....
RITA. ¡Ay! no sabe tu candor
que disfrazado y traidor
entra siempre en la mujer
con la piedad el amor.
Hija, tu dicha procura
mi cariño verdadero:
guarda, guarda tu ternura,
en paz guarda tu alma pura,
no mires al caballero.
Él de aquí se marchará
sin tener pena por tí
y de tí se olvidará...
CLEM. (Con candor.)
No, que otra vez me vió ya
y se acordaba de mí.
Me lo ha dicho.
RITA. Pero ¿qué
estás diciendo?
CLEM. Ocultarte
nada sé; perdóname
si ántes nunca te conté
lo que voy á confiarte. (Pausa.)
(Con animacion y apasionada.)
Cuando al Monserrat sagrado
fuimos, inquieta la mente
y el pensamiento abismado,
bajé una tarde á un collado
y estuve al pie de una fuente.
El espíritu embebido
en dulce contemplacion,
miraba el campo florido,
cuando vino á herir mi oido
el galope de un bridon.
Miré y vi por la ladera
al que ginete venía;

movía su cabellera
el aire, y el sol lucía
en su bruñida cimera.
El noble bruto volaba
en su galope violento;
nevada espuma arrojaba
la abierta boca, y flotaba
la ancha crín tendida al viento.
Cuando ya cerca llegó
el caballero, mirando
hácia mí, la fuente vió,
y su bridon refrenando
parado al punto quedó.
Miré, y ante mí tenía
absorto un rubio doncel,
que á un negro potro regía;
el mancebo como el dia,
como la noche el corcel.
Yo no sé lo que sentí;
bajé temblando la frente,
pasos á mi lado oí
y á la orilla de la fuente
al gentil mancebo ví.
Quise huir, mas me dejó
suspendida la dulzura
de su voz, que resonó
como el aura que murmura
diciendo: «No huyas, no;
al raudal viene el sediento;
deja que un alma abrasada
de amargura y de tormento
beba tambien un momento
en la luz de tu mirada.»
Pudo así mi pecho herir;
qué más me dijo no sé,
pues ya no le pude oir;
y asombrada me quedé.
y triste al verle partir.
Mis ojos tras él se fueron
del campo por la extension,
hasta que al fin le perdieron,
y al volver tristes trajeron

su imágen al corazon.

RITA. (Con disgusto.)
¿Y era ese desconocido?

CLEM. Sí.

RITA. Y ¿por él, hija mia,
desde entónces has vivido
triste?

CLEM. No le dí al olvido,
aunque olvidarle quería.
Porque entónces yo pensaba
que era un noble caballero
que de mí no se acordaba,
y que en mí sólo miraba
la huérfana de un pechero;
pero sí, me puede amar.

RITA. No debes tú de quererle.
Aunque te sepa agradar,
¿tu cariño has de entregar
á un hombre sin conocerle?
¿No ves que es hidalgo?

CLEM. No;
que nacido en noble cuna
patria y nobleza perdió,
y hoy, huérfano como yo,
es soldado sin fortuna.
Sí, Rita; ya me ha contado
sus males, que grandes son:
vive pobre y deshonrado,
pues su padre fué acusado
en Valencia de traicion
y allí murió: despues fiero
su enemigo destruyó
su castillo: á él le salvó
del incendio su escudero
y con él lejos huyó.

RITA. (Ap. con asombro.)
(¡Dios mio!) Calla, que es él. (Viendo á Jaime
(Disimulando.)
Clemencia, mira; al momento...
(Ap.) (Iré yo?) (Ansiosa.)

CLEM. ¿Qué?

RITA. Vé al convento

y dile al Padre Manuel
que venga; que mucho siento
ahora no poder yo ir.

CLEM. Pero...

RITA. Marcha sin tardar.
(Váse por la derecha Clemencia.)

ESCENA X.

RITA, JAIME y RAIMUNDO.

Jaime, seguido de Raimundo, viene por el fondo izquierda; Rita, ansiosa, mira irse á Clemencia.

JAIME. (Á Raimundo.) Siento que el Rey en venir
tarde.

RITA. (Viendo desaparecer á Clemencia con ansiedad y gozo, ap.) (Sí... ¡Le voy á hablar!...
¿Será cierto tanto bien?...)
(Dirigiéndose á Jaime.)
¿Sois vos Jaime de Moncada?

JAIME. (Asombrado.)
(¿Qué dice?) (Ap. mirando á Raimundo.)

RITA. (Con ansiedad.) ¡No ocultéis nada,
por Dios; decídmelo!

JAIME. Y ¿quién?...

RITA. Á mi hija vuestra historia
contásteis, y ha comprendido
quién sois, la que os ha tenido
siempre vivo en la memoria.

JAIME. (Sorprendido.) ¿Vos?...

RITA. Para vos madre fuí,
y como madre os amé
y á mis pechos os crié.

JAIME. (Con ternura.)
¡Rita! (La tiende los brazos.)

RITA. (Abrazándole con efusion.)
¿Aún te acuerdas de mí? (Pausa.)

JAIME. ¿Cuándo te he olvidado yo?

RITA. Si eras tan niño al dejarte...

JAIME. Mas ¿había de olvidarte
quien como á madre te amó?

RITA. ¿Tú eres Raimundo!

RAIM. (Estrechándola la mano.) El leal
amigo de tu marido.
¿Cómo no te he conocido?
RITA. Tú estás viejo.
RAIM. Nos fué mal.
JAIME. ¿Quién pensó ver descubierto
de mi ignorada existencia
el misterio?
RITA. Era creencia
de todos que habíais muerto
aquella noche cruel
que fué el castillo incendiado.
JAIME. Por Raimundo libertado
oculto viví con él.
Tú á nadie revelarás
de mi existencia el arcano;
que ni tu hija ni tu hermano
sepan mi nombre jamás.
Si se sabe la fiereza
de mi enemigo, la ley
y el mismo enojo del Rey
harán rodar mi cabeza.
RITA. ¡Oh! sí; que te he conocido
ni mi Clemencia sabrá.
(No; que á Cornel llegará
la nueva... y está perdido.)
Porque el abad quien soy yo
sabe, y por ella al momento
viniera en conocimiento
de quién eres tú.
JAIME. ¡Oh! no;
que enemigo debió ser
de mi padre, y si de mí
supiera ese monje, aquí
gran riesgo pudiera haber.
RAIM. Y ademas no se pudiera
nuestra venganza lograr.
RITA. (Alarmada.)
Pero ¿venganza á buscar
venís?
JAIME. Sí; con ansia fiera
y sed que mi pecho abrasa,

busco para su castigo
de mi padre al enemigo
y al destructor de mi casa.
Que aunque ocho años no tenía
y quince han pasado ya,
en mi mente fija está
siempre aquella noche impía.
Salir de tantos horrores
logramos despavoridos,
huyendo como bandidos
del solar de mis mayores.
Aún temblando de furor
nos detuvimos ya lejos;
y mirando los reflejos
del incendio asolador,
venganza hasta destruir
del vil la raza traidora
juramos, Rita, y ahora
lo venimos á cumplir.

RITA. (Ap., con espanto.)
(¡Qué horrores hoy se levantan
ante mi vista!... ¡Ay de mí!...)
Jaime... (Ap.) (Oh!) tiemblo por tí
y tus rencores me espantan.
(Angustiada.)
(¡Dios mio!... Aún no habrá llegado
ella al convento...)

JAIME. (Viendo aparecer al abad por el fondo derecha. Bajo.)
¡Prudencia!...
Volveremos.

RAIM. (Á Rita.) Sí. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA XI.

RITA y el P. MANUEL.

RITA. (Con mucha agitacion, yendo hácia él.)
Á Clemencia,
padre, ¿no habeis encontrado?

P. MAN. Cerca de aquí yo venía,
que á su alteza quiero hablar.

pronto.

RITA. Yo os mandé llamar
para salvarla. (Ap.) (¡Hija mia!)

P. MAN. (Sorprendido.)
¿Qué decís?... Esa ansiedad...

RITA. (Serenándose un poco.)
Del jóven desconocido
á quien don Pedro ha ofrecido
hoy aquí hospitalidad,
mi Clemencia se ha prendado;
que otra vez que ya le vió
su corazon cautivó,
y ahora me lo ha confiado.
Pero ¿cuál mi susto ha sido
al ver que por la esperanza
de alcanzar una venganza
el forastero ha venido,
y que implacable y cruel
busca, con saña homicida,
al padre de mi querida
Clemencia?...

P. MAN. (Con gran viveza.) ¡Cómo! ¿Á Cornel?
Pues ¿quién es, decidme, Rita,
ese jóven?

RITA. (Ap. asustada.) (¡Desdichada!
¿qué iba á hacer?...)

P. MAN. (Vivo.) ¿Es un Moncada?

RITA. ¿Por qué ese afan os agita?

P. MAN. ¿Es un Moncada? (Ansioso.)

RITA. No sé...
(¡Por poco le descubrí!...)

P. MAN. Pues ¿cómo os ha dicho?...

RITA. Á mí,
no. (Ap.) (¡Dios mio! ¿qué diré?)
Á Clemencia le contó
agravios que ha recibido.

P. MAN. Pero ¿el agraviado ha sido
él?

RITA. Sí: á tantos ofendió
Cornel, que ese caballero
que le busca, quizá sea
un Heredia ó un Urrea,

pues él los persiguió fiero.
P. MAN. (Ap. resignado.)
(¡Oh! sí, sí... no puede ser!...)
RITA. Quien es Clemencia lo ignora,
mas temiendo estoy ahora
pueda llegarlo á saber.
Ved de la infeliz la suerte,
dando su afecto amoroso
á quien no ha de ser su esposo
y á quien podrá darla muerte.
¡Hija del alma!
P. MAN. Afligida
no lloreis de esa manera.
RITA. (Con ternura.)
¡quién tu dicha hacer pudiera
áun á costa de su vida!...
P. MAN. Piadosa la Providencia
á todo acude clemente.
RITA. Si; salvad de esa inocente
el sosiego y la existencia.
Que dé su amor al olvido.
P. MAN. En el pliego que envié
al Rey, que esposo le dé
y que la ampare le pido. (Pausa.)
RITA. ¡Sin ella ya!... (Triste.)
P. MAN. No temais
que ella os abandone, no.

ESCENA XII.

DICHOS y ALEJO.

Alejo aparece por el fondo derecha, vestido de ballestero y trae un pergamino arrollado.

ALEJO. Pues señor, aquí estoy yo.
(Movimiento de sorpresa en el P. Manuel y en Rita.)
¿Parece que os admirais?
P. MAN. Pero ¿al fin?...
ALEJO. Lo que quería,
como veis, he conseguido.

El Rey me lo ha concedido
y me salí con la mia.
Hace rato que ha llegado
con los pajes; pero fuí
al monasterio: de allí
me vuelvo con el mandado
al saber que su merced
aquí se hallaba. Aquí está
la respuesta que el Rey da
á vuestra carta. (Le da el pergamino.)

RITA. (Ansiosa.) Leed.

ALEJO. Á ver voy al escudero
que esta mañana decía
que soldado no sería. (Váse por la derecha.)

ESCENA XIII.

EL P. MANUEL y RITA.

P. MAN. Veamos. (Desata y desarrolla el pergamino.)

RITA. Ansiosa espero.

P. MAN. (Leyendo.)
«Gran gozo me causa hallar
la hija del noble Cornel,
que de Moncada el infiel
la traicion logró estorbar.
(Pausa. El P. Manuel vacila un poco en la lectura.)
En mí tendrá proteccion,
conmigo la llevaré
y un esposo la daré
de mis nobles de Aragon.
Porque digan mis favores
que Jaime el Conquistador
nunca olvida al servídor
y extermina á los traidores...
(Pausa. El P. Manuel levanta los ojos al cielo.)
Si una piadosa mujer
la salvó, en vez de castigo,
hacedla saber que digo
que la quiero proteger.
Á la reina á buscar voy

y á la noche llegaremos
al castillo.»
(Ap. refrenándose.) (¡Oh!)

RITA. (Que ha oido con ansiedad y pena.)
¿Qué haremos?

P. MAN. (Sereno.) Ya lo oístes: al fin hoy
los reyes van á llegar,
y con ellos, si quereis,
puede irse. (Pausa.) No lloreis,
que á vos no os ha de dejar.

RITA. (Ap.) (¿Y mi Jaime?) Si penosa
(Con pena y ternura.)
el alma su bien ansía,
¿qué importa la dicha mia
si ella puede ser dichosa? (Pausa.)
(Llorosa.)
¡Oh! Ya que mi corazon
pronto ha de llorarla ausente,
para que más no alimente
su desdichada pasion,
sí; que se vaya mañana. (Breve pausa.)
Mas aunque es noble su porte,
¿cómo ha de ir en la córte
en el traje de villana?

P. MAN. Precediendo aquí á su alteza
alguna dama vendrá
que un traje daros podrá.

RITA. (Ap.) (¡Oh! Me ahoga la tristeza!...)

P. MAN. ¿Y no la vais á decir
nada hasta el fin?

RITA. Callar quiero,
pues temo que el forastero
quién es pueda descubrir.

P. MAN. Bien en ello hareis: Clemencia,
por don Pedro aquí llamada,
no podrá sospechar nada.
Tened, pues, mucha prudencia
hasta que vaya á llegar
la reina: yo vendré aquí.

RITA. ¿Á presentársela?

P. MAN. Sí;
y por vos la quiero hablar.

A la villa voy en tanto:
tened calma y guárdeos Dios. (Yéndose.)

RITA. Él, padre, vaya con vos.
(Váse el P. Manuel por el fondo derecha.)
¿Dónde iré á ocultar mi llanto?

ESCENA XIV.

RITA y RAIMUNDO.

Raimundo aparece por la izquierda.

RAIM. (Ap., con fiereza.)
(¿Dirá verdad el soldado?
La nodriza es Rita... ¡Oh!
Si la otra es la niña no
la verá su padre odiado.
Calma...) ¿Se fué?

RITA. (Triste.) Ya se fué.

RAIM. Vino á tiempo de estorbar
que pudiéramos hablar
de lo que ahora te hablaré.
Mas ¿qué tienes? estás triste...

RITA. (Disimulando.) Ya ves... mi hermano se va...
Ahora ha estado aquí, y ya
el traje de arquero viste.

RAIM. Dí, Rita, ¿ese monje á tí
de la hija de Cornel
te ha hablado?

RITA. (Confusa y vacilante.) ¿El P. Manuel
de la hija de Ferran?...

RAIM. Sí.

RITA. Pues ¿qué?...
(Ap. con susto.) (¡Dios mio! ¿Sabrá? ..)

RAIM. Á los soldados he oido
que su alteza hoy ha sabido
por carta suya que está
cerca de aquí esa mujer;
y si donde está sabemos,
no hay duda que al fin daremos
con el padre. Así ha de ser.
¡Oh! y entónces... ¡vive Dios!...

bien su infamia ha de pagar.

RITA. (Con inquietud.) Pero ¿y os heis de vengar tambien?...

RAIM. (Fiero.) ¡Morirán los dos!

RITA. (Alarmada, ap.)
(Jesús! ¡Oh!) ¿Quién no aborrece
á Cornel?... Mas la venganza
tan fiera...

RAIM. Es nuestra esperenza.

RITA. ¡Calla!... ¡Calla! Me estremece
esa palabra... (Ap. con angustia.) (¡Dios mio!)
¿Hay quien rencor alimente
contra una niña inocente?

RAIM. ¡Es hija del monstruo impío!...
¿Piedad tuvo en su demencia
él de Jaime? Le salvó
mi valor; pero él no vió
su orfandad ni su inocencia.
Y si tan fiera crueldad
en su saña mostró él,
para la hija de Cornel,
no, tampoco habrá piedad.

RITA. (Con espanto, ap.)
(¡Sálvala tú, Dios piadoso!)
(Enajenada y sin saber lo que dice)
¡Oh! no: no puedo creer
que le deis la muerte á un ser
tan inocente y hermoso...

RAIM. (Asombrado.) ¡Qué!... luégo ¿tú la conoces?

RITA. (Aterrada.)
¡Yo!... pues... (Ap.) (¿Qué he dicho? ¡Señor!)

RAIM. (Con fiereza.) Sí; tu angustia y tu temblor
lo están declarando á voces.
¿Quién es?... ¡dilo! ¿Dónde está?...
(Ap.) (¡Disimulemos!... se ve
que es ella.)

RITA. (Ap.) (Dios mio!...) No sé...

RAIM. (Disimulando.) Pero ese abad te habló ya
de ella: no lo niegues.

RITA. (Balbuciente, pero viendo una salida.) Si...
pero yo nunca la ví
ni sé dónde mora...

RAIM. Yo
averiguarlo sabré.
(Yéndose hácia el fondo izquierda.)
(¡Sí, es ella!)

RITA. (Aterrada.) ¡Oh! me espanta
el pensarlo. (Clamando.) ¡Vírgen santa!
á salvarla ayúdame!
(Váse desolada por la derecha.)

ESCENA XV.

RAIMUNDO.

(Vuelve, observando á Rita.)
¡No hay que dudar... su amargura...
su sobresalto cruel...
(Con feroz alegría, despues de un momento.)
¡Sí... sí... hija de Cornel!
¡Venganza, ya estás segura!
(Momentos de silencio. Dentro, hácia el fondo izquierda, suenan voces y ruido de riña. Raimundo despues de un instante dice:)
¿Por qué vocean así?

JAIME. (Dentro gritando.)
¡Mientes!... ¡fué un vil impostor!

OTRA VOZ. (Dentro con furia.)
¡No! ¡Don Lope un vil traidor!

JAIME. (Dentro iracundo.)
¡Oh! ¡Miserable de tí!

ESCENA XVI.

RAIMUNDO y JAIME.

Raimundo va presuroso hácia el fondo izquierda á tiempo que entra Jaime envainando la espada.

RAIM. ¿Qué te ha pasado?

JAIME. Que aumenta
por instantes mi furor:
vivo está mi deshonor
en Aragon y mi afrenta.
Del abad de San Miguel

y su carta conversaban
esos soldados que hablaban
de la hija de Cornel;
y uno con tanta pasion
al impostor ensalzando
estaba, que rebosando
en ira mi corazon,
la espada ciego saqué.

RAIM. ¿Y estorbaron tu locura?

JAIME. Queda herido.

RAIM. (Tono de consejo y reprension.) Ten cordura.

JAIME. Do quiera lo mismo haré;
que viendo á un hombre mover
contra mi padre la lengua,
en el hijo fuera mengua
quieta la espada tener.

RAIM. Y ¿esos soldados que vienen
con los pajes, han hablado
de tu padre?

JAIME. Sí; infamado
y por vil traidor le tienen;
es su memoria maldita,
nuestro nombre aborrecido...
Raimundo, venganza pido,
venganza mi pecho grita.

RAIM. La tendremos ¡vive Dios!
que si hallamos á Cornel,
para su hija y para él
tenemos puñal los dos.

JAIME. Juro que no he de parar;
y hasta que le haya encontrado
el amor que en mí ha brotado
en el pecho le he de ahogar.

RAIM. (Sorprendido.) Pero...

JAIME. Sí; hallé compasion
en esa hermosa criatura;
hallé cariño y ternura
en su vírgen corazon;
mas todo lo olvidaré
hasta que al infame halle.

RAIM. (Con ira.) ¡Oh! ¡Calla, Jaime!

JAIME. (Sorprendido.) ¿Qué calle?

RAIM. (No importa... La mataré?)
JAIME. ¿Mi amor te irrita? Por él
quiero más pronto vengada
ver...
RAIM. (Con enojo y asombro.) ¡El hijo de Moncada
á la hija de Cornel!
JAIME. (Espantado.) ¡Raimundo!
RAIM. (Bajando la voz.) Ténlo callado...
á Rita, que nada sienta...
JAIME. (Aterrado.) (¡Ella su hija!...)
RAIM. Porque intenta
dársela, lo ha revelado.
(Jaime queda como petrificado. Pausa. Clemencia viene por el fondo izquierda, y al verle se dirige á él decidida.)

ESCENA XVII.

DICHOS y CLEMENCIA.

CLEM. (Yendo hácia ellos.)
¿Qué pasó?... los ballesteros
me han dicho que...
JAIME. (Estremecido ap. y retrocediendo.) (¡Ella aquí!)
CLEM. (Llega y ve así á Jaime que no la dice nada.)
¡Oh! Tal estais ante mí
que me da terror el veros.
(Dirigiéndose á Raimundo.)
Decidme vos ¿qué ha pasado?
¿Algun mal ha sucedido?
(Raimundo mira hácia todos lados, lleva la mano al puñal, se refrena, y apartándose dice en tono sombrío:)
RAIM. ¡Déjame! (Se va.)
(Clemencia queda estupefacta.)
JAIME (Ap.) (¡Oh! ¡Y ha nacido
tal mujer de aquel malvado!)
(Dirigiéndose á ella con amargura.)
Ser inocente en quien ví
la esperanza de mi amor...
CLEM. (Yendo hácia él.)
¡Jaime!... (Con dulzura.)

JAIME. (Ap. desesperadamente.)
(¡Oh! ¡monstro de horror!)
¿Para qué te conocí? (Á ella.)
(Se va precipitadamente.)

ESCENA XVIII.

CLEMENCIA.

(Asombrada y como queriendo seguirle.)
¿Dónde va?... ¿Por qué me hiere
con esas frases impías?... (Pausa.)
(Desolada.) ¡Rita, Rita, bien decías...
no me quiere, no me quiere!...
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

Claustro gótico del convento de San Miguel. Al levantarse el telon, se oyen las últimas notas de una melodía religiosa.

ESCENA PRIMERA.

CORNEL y UN LEGO.

CORNEL. (Saliendo por una puerta, ap.)
(¡La inquietud me devora!...)
¿No vino?

LEGO. No señor, aún no ha venido:
debe estar en la villa detenido.

CORNEL. ¿Tardará todavía?

LEGO. No: ya es hora
de que venga; mas él á vuestra casa
ha de ir á saludar á sus altezas
y á tratar varias cosas que al convento
importan y á la Órden.

CORNEL. Verle intento

ántes aquí. La angustia que me abrasa
dilacion no consiente ni un momento.
Al instante he de hablarle;
que en cuanto llegue me aviseis espero.
Mas ¿vendrá por aquí?

LEGO. Sí.

CORNEL. Entónces quiero
aquí mismo esperarle.

LEGO. Pues con vuestra licencia
os dejo, que es precisa mi presencia
en otra parte ahora. (Váse.)

ESCENA II.

CORNEL.

Dando muestras de gran agitacion y ansiedad.

¡Pena horrible
es esperar así!... El bien que anhelo
pienso que no he de hallar... ¿Será posible
que mi dolor, al fin, tenga consuelo?
¡Hija del alma mia!
La dicha de encontrarte no soñaba;
que en su pena sombría
el corazon, sin paz, sin alegría
perdida para siempre te lloraba.
¿Y he de volver á verte?...
¿Podrán mis ojos con amor mirarte,
mis brazos abrazarte,
mis ansias poseerte,
mis amantes caricias halagarte?...
¡Señor!... mis sufrimientos
tú sabes y mi horrible desventura;
de mis remordimientos
conoces la amargura:
tú sabes cuántas penas y dolores
este mísero pecho han desgarrado:
atiende ya, piadoso, los clamores
de un padre infortunado
y vuélvele el amor de sus amores.

ESCENA III.

CORNEL y el P. MANUEL.

P. MAN. (Entrando.)
Detenerme en la villa fué forzoso;
pero ahora en vuestra casa podíais verme,
pues voy allá al momento.
CORNEL. (Con ansiedad.) ¡Ay Padre! ansioso
estoy y os esperaba.
P. MAN. ¿Y en qué os puedo servir?
CORNEL. Podreis hacerme
cuando soy desdíchado venturoso.
¡Oh! sí: decidme, ¿es cierto
que escribisteis al Rey que la hija amada
de Ferran de Cornel vive? ¿No ha muerto?
¿No fué en horrible noche asesinada?...
P. MAN. (Sorprendido.)
(¿Por qué así lo pregunta?)
Sí, vive.
CORNEL. ¡Cielo santo!...
¡Oh! Va á matarme, padre, la alegría:
¡yo que he llorado por su muerte tanto
que ya llanto en los ojos no tenía!
P. MAN. Con asombro.)
Mas ¿vos?...
CORNEL. Sí; soy el hombre
más infeliz que sustentó la tierra:
soy Ferran de Cornel.
P. MAN. (Ap., con indignacion, reprimiéndose.)
(¡Él!)
CORNEL. No os asombre.
P. MAN. (Como si dudara.)
¡Vos Cornel!
CORNEL. No dudeis; porque mi muerte,
como pensasteis vos, fué propalada
por hallar á mi hija idolatrada:
sí: y ántes de tal suerte
de mis culpas el peso me ha oprimido
y de mis males el recuerdo odioso
tanto me ha atormentado, que he vivido

largos años errante y sin reposo. (Pausa.)
Es verdad, padre, sí, que al caballero
don Lope, á quien venganza juré un dia
que altivo me agravió, con saña impía
de traidor contra el Rey le acusé fiero;
talé sus tierras; pereció á cuchillo
su gente fiel que contra mí se alzaba,
incendié inexorable su castillo,
y con sus más valientes servidores
de mi enemigo el hijo que allí estaba,
pereció del incendio en los horrores.

P. MAN. (Haciendo un esfuerzo por dominarse, ap.)
(¡Señor! ¡Señor! ¡Sostenme!...)

CORNEL. ¡Ay! Abrumado
del grave peso de mi culpa odiosa
fuí por el justo cielo castigado
y perdí á mi hija y á mi esposa.
Sin poder resistir tantos pesares
y acosado de atroz remordimiento
huí como un ladron de los lugares
testigos de mi culpa y mi tormento:
pasé á Navarra; me oculté en Galicia
buscando olvido y paz: ¡vana esperanza!...
De mi expiacion tremenda la justicia
pena incesante fué de mi venganza.
Solo y triste en mi horrible desventura
pensé acabar mi vida de dolores
que la va consumiendo la amargura
más que del fiero tiempo los rigores;
pero si vive el ser que lloré muerto,
ya con amarle viviré dichoso,
que un corazon encontraré amoroso
que dé vida y calor á un pecho yerto.

P. MAN. (Con gran dolor y zozobra, ap.)
(¡Oh! ¡Calla, corazon!... ¡Dios poderoso,
no me abandones!...)

CORNEL. Padre, ¿os ha espantado
la historia de mi vida?... ¡Ay! os conjuro
á que saqueis á un ser tan desdichado
de esta horrible ansiedad. ¿Dónde á mi hija
podré encontrar?... Yo volaré á buscarla,
yo correré á su lado con presteza,

que la dulce esperanza de abrazarla
vigor dará y aliento á mi flaqueza.
La inquietud que me agita y me devora
no podeis comprender.

P. Man. (Con amargura.) Bien la comprendo...

Cornel. ¡Ah! no; que no sois padre.

P. Man. (Con pasion.) Mas lo he sido
vos mis recuerdos despertais ahora;
tambien amados seres yo he perdido
y aún mi afligido corazon los llora.

Cornel. ¿Vos?... (Sorprendido.)

P. Man. (Con dolor.) Sí; pero al entrar por los umbrales
de esta mansion sagrada,
olvidar mis afectos terrenales
quise con mis recuerdos y dolores
toda mi vida en el dolor pasada.
Solo tambien, sin honra y sin fortuna
á la puerta del claustro llegué un dia
del justo ambicionando la corona;
aquí no entraron iras ni rencores,
y en esta augusta soledad vivía
con la dicha y la paz del que perdona.
Nada quiero del mundo: ya serena
pasa en esta mansion mi vida oscura,
y cuando viene la punzante pena
á avivar mis recuerdos de amargura,
á Dios acudo en la mortal tristeza
del corazon por el pesar herido,
y ante Él humillando mi cabeza
fuerza y valor para sufrir le pido.
(Al terminar estos versos, que dice con acento y ademan cada vez más patéticos, concluyendo con gran pasion, y como si estuviera sólo en presencia de Dios, inclina la cabeza sobre el pecho y cruza las manos, permaneciendo un momento en esta actitud. Pausa. Suena el órgano suavemente hasta el fin del cuadro, con algun breve intervalo.)

Cornel. (Asustado, ap.)
(Mas ¿qué es esto?... quizá?... ¡Terrible idea!)
¿Vos sois?...

P. Man. (Sereno.) Yo soy un muerto para el mundo.
Perdonad; mas cual vos fuí desdichado,

y habeis con vuestra historia despertado
memorias tristes de mi mal profundo.

CORNEL. (Tranquilizándose, ap.)
(¡Ah!)

P. MAN. Mas esa solemne melodía
me llama á la oracion.

CORNEL. Id.

P. MAN. Es forzoso:
vos esta noche, padre venturoso,
hallareis vuestro bien, vuestra alegría.
Ahora mismo; á la hija que perdísteis
en vuestra propia casa podeis verla;
id.

CORNEL. (Con indecible agitacion y alegría.)
¿Es Clemencia?... (El P. hace signo afirmativo.)
Y ¿cómo lo supísteis?..
Mas... su historia despues podré saberla.
¡Oh! gracias, padre: adios. Dadme que os bese
con gratitud la mano protectora. (Se la besa.)
(Yéndose precipitado.)
¿Cómo soñar que tan cumplida fuese
mi ventura?... (Váse.)

ESCENA IV.

EL P. MANUEL.

Mira con ansiedad irse á Cornel, y luégo exclama con gran amargura.

¡Llorad, ojos, ahora!.. (Pausa.
(Con ira.)
¡Aquí Ferran Cornel!... ¡Aquí el villano
que del crímen al triunfo gozó impío!...
¡Y no ha temblado de furor mi mano
de su boca infernal al beso frio!...
(Refrenándose.)
Mas ¿qué digo?
(Se oye el órgano un poco más fuerte.)
(Con amargura.) ¡Perdon, perdon, Dios mio!...
ten piedad del dolor de un pobre anciano.
No, no permitas que el rencor vencido

vuelva á turbar la paz de mi existencia;
mas perdónale á un padre dolorido
este llanto que vierte en tu presencia.
(Cae de rodillas cruzando las manos. Vuelve á sonar la melodía religiosa.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Salon gótico del castillo.—En el foro una gran puerta abierta, que da á una espaciosa galería.—Á cada uno de los lados otras dos puertas, entre las cuales hay panoplias con armas.

ESCENA V.

RITA y ALEJO.

RITA. ¿No está allí?
ALEJO. Digo que no;
es posible que marchara
del castillo.
RITA. No lo creo.
ALEJO. Pues si no, escondido anda;
no se le ve en parte alguna,
ni á su escudero.
RITA. No vayas
á descuidarte. Si vienen,
con presteza te adelanta
á avisarme, pues no quiero
que comprendan lo que pasa.
ALEJO. Como esta estancia teneis
á su alteza destinada,
no es de pensar que aquí vengan:
el riesgo que le amenaza
ademas, de aquí le aleja
segun pienso.

RITA. ¿De qué hablas?...
ALEJO. El soldado á quien hirió,
diciendo ahora mismo estaba
que va á delatarle al Rey,
que llegará sin tardanza.
RITA. Y ¿tú piensas que?...
ALEJO. ¡Friolera!...
La cabeza le costara
á un soldado de don Jaime
herir, y como la espada,
aunque causó daño leve
la desenvainó sin causa,
hay más peligro...
RITA. (Angustiada.) ¡Dios mio!...
Mas del Rey perdon alcanza
sin duda el Abad. Tú, vete
ya, y á nadie digas nada.
(Váse Alejo por el foro.)

ESCENA VI.

RITA.

(Con gran pena.)
Ahora ya la debo hablar:
á la Reina se la entrego
en cuanto llegue, y á él, luégo
mi amor le sabrá aplacar.

ESCENA VII.

CLEMENCIA y RITA.

Al dirigirse Rita á la izquierda, aparece Clemencia vestida de dama.

CLEM. (Saliendo.) Cuando me ves afligida
de mis desdichas dolerme,
¿por qué te empeñas en verme
con estas galas vestida?
RITA. Para adornar tu belleza
me mandó el Padre que un traje

pidiera del equipaje
de las damas de su alteza,
pues presentarte quería
así á los reyes.

CLEM. ¿Á mí
vestida de dama?

RITA. (Dominando aún su conmocion.) Sí... (Pausa.)
(La abraza y besa.)
¡Qué hermosa estás, hija mia!... (Pausa.)
¿Me amas mucho?

CLEM. ¿No he de amarte?
¿No te amé toda mi vida?

RITA. (Con gran efusion.)
¡Hija del alma querida,
deja que vuelva á besarte!... (Pausa.)
(Se abraza á ella y queda un momento sollozando.)

CLEM. ¿Lloras?... (Sorprendida.)

RITA. Déjame que esté
contigo abrazada así...
¡Mañana... triste de mí!...
tu cariño perderé.

CLEM. ¿Qué?...

RITA. De mí te apartarán...
(Con pena y ternura toda esta escena.)

CLEM. Me llenas de confusion.

RITA. Á la córte de Aragon
los reyes te llevarán.

CLEM. ¿Á mí!... (Con asombro.)

RITA. Dama noble á ser
recobrando su nobleza
la humilde huérfana empieza:
no me dejes de querer.

CLEM. Tanto me asombra el oirte,
que dudo si desvarías.

RITA. Tu orígen, que no sabías,
voy, hija mia, á decirte.

CLEM. (Con ansiedad.) ¿No soy yo de una villana
la huérfana desvalida?...

RITA. En rica cuna nacida
fuiste noble castellana.

CLEM. ¡Yo!... (Sin volver de su asombro.)
(Movimiento de atencion.)

RITA. Sí. Tu padre, hija mia,
(el decírtelo me aterra;)
como otros nobles en guerra
frecuentemente vivía:
una vez que vencedor
se ausentó de sus estados,
algunos fieros soldados,
llenos de saña y rencor,
un proyecto concibieron
inhumano y espantoso
y el auxilio de mi esposo
para cumplirle quisieron
(Breve pausa. Movimiento de ansiedad y atencion en Clemencia.)
Aún escuchar me parece
referir á mi Ramon
esta horrible relacion
cuyo recuerdo estremece. (Pausa.)
Fué una noche: el cierzo frio
medroso y fiero bramaba
y el aguacero azotaba
vuestro castillo sombrío;
dormidos sus moradores
los soldados le escalaron;
como fantasmas cruzaron
sus patios y corredores;
por sus largas galerías
los llevó su instinto fiero,
donde el sueño placentero
de los ángeles dormias.
—Aquí está,—con voz brutal
uno, viéndote, gritó;
y sobre tí levantó
el afilado puñal:—
—«¡No la mates!»—mi marido
gritó, su brazo parando;—
«no; que me está recordando
á un ángel que yo he perdido.»
Y esto diciendo, estrechó
tu cuna en sus férreos brazos,
y con sus dulces abrazos
de la muerte te salvó. (Pausa.)

Yo no sé lo que sentí,
hija del alma, aquel dia:
á tiempo que amanecía
á mi buen Ramon abrí,
y cuando le iba á abrazar
oigo asombrada que dice:
«Toma esta niña infelice,
que la he podido salvar.»
Y á mí te arrojaste; yo
besé tu rostro inocente
y tu labio balbuciente
de madre el nombre me dió.
Entónces al pecho mio
te estreché de encanto llena...
¡Ay! Tú llorabas de pena
y estabas muerta de frio.
Te llevé junto al hogar
en que ardía la retama,
y al calor de aquella llama
mi calor te pude dar.
Ramon triste te miraba,
yo de besos te cubría.
Alejo te sonreía
y el lebrel te acariciaba:
y al contemplar tu dolor
y tan hermosa al mirarte,
¿cómo no había de darte
ya para siempre mi amor? (Breve pausa.)

CLEM. ¿Y mi madre? (Con ansia.)

RITA. Los soldados
matarla tambien quisieron,
pero salvarla pudieron
vuestros valientes criados.
Cuando lo supe volverte
á su cariño quería;
mas tuve aquel mismo dia
la noticia de su muerte...
El quebranto la mató;
pues madre amorosa y buena,
¡qué atroz sería su pena
cuando sin tí se encontró! (Pausa.)
Fué don Ferran de Cornel

tu padre.

CLEM. (Con pena.) ¿Tambien murió?

RITA. Esa voz aquí corrió
y nunca supe de él.
Mas ahora dicen que está
en Cataluña.

CLEM. (Gozosa.) ¿No ha muerto?
¡Oh, Dios mio!... ¿Será cierto?

RITA. Hoy el Rey te lo dirá.
¡Ay! Ya mañana sin tí
que eres mi bien, mi alegría!...

CLEM. ¡Oh! no llores, Rita mia;
no has de apartarte de mí.

RITA. Clemencia yo te llamé...

CLEM. ¿Porque de mí la tuviste?...
¡Oh! el amor que me diste
¿cuándo yo le olvidaré?...

RITA. ¡Bendiga Dios tu alma hermosa!

CLEM. Y sin tí, yo, ¿qué he de hacer?
¡Ay! que quizá voy á ser
desdichada y no dichosa.

RITA. ¿Por qué?

CLEM. Rita, no me quiere.

RITA. Hija, dále tú al olvido:
quiere el Rey darte marido.

CLEM. ¡Ay! este amor ya no muere! (Pausa.)
¿Dónde estará? ¿dónde fué?
(Ap.) (Por qué de mí se apartó?...)

RITA. Como á aquel soldado hirió,
oculto quizás esté,
ó se habrá ido. (Ap. con pena.) (¡Compasion
me da!)

CLEM. (Como hablando consigo misma.)
Quizá su mudanza
causó el afan de venganza
que agita su corazon...
¡Oh! sí; yo le quitaré
sus funestos pensamientos,
yo los vértigos violentos
de su rencor calmaré;
verá que guarda la dama
de la villana el amor. (Se dirige á la puerta.)

RITA. Mira .. (Ap.) (Me falta valor.)
Sabe que...
CLEM. (Saliendo gozosa.) ¡Me ama, me ama!...
(Váse por la izquierda.)
RITA. (No, que no llegue á Cornel
noticia de su enemigo.)
(Váse por la otra puerta de la izquierda.)
(Queda un momento sola la escena.)

ESCENA VIII.

JAIME.

Viene lentamente por la derecha, mostrando en su aspecto sombrío la lucha de su alma.

No; ni un momento consigo
calmar este afan cruel.
¡Oh! No he sentido jamás
pena tan desgarradora;
no puedo amarla... y ahora
es cuando la quiero más...
Tú, corazon, que traidor
me vas arrastrando aquí,
dí, cómo caben en tí
odio tanto y tanto amor?
(Se queda un momento abstraido en sus pensamientos. Despues exclama.)
Es su destino... es mi suerte...
mi suerte odiosa é impía...
(Con vehemencia.)
Clemencia... Clemencia mia...
¿Y he de darte yo la muerte?...
¡Oh! ¿por qué, por qué la ví
tan inocente... y tan bella?...
¡Oh! sí; si me vengo en ella
la venganza es contra mí.
Venganza que me arrebata
mi bien, y el alma me hiere,
que si aquella vida muere
su muerte mi vida mata.

ESCENA IX.

JAIME y CLEMENCIA.

Clemencia sale por una puerta de la izquierda, como dirigiéndose á la galería, y al ver á Jaime se detiene y dice:

CLEM. (Ap.) (¡Es él!... No me había engañado...
aquí por verme vendrá...)
(Se queda en el dintel.)

JAIME. (Viéndola, estremecido, ap.)
(¡Ella!... ¿ese traje?.. ¿Sabrá?...)

CLEM. (Adelantándose, ap.)
(De verme así se ha asombrado.)
¿Os admirais? Sí; yo soy:
por qué estoy así sabreis...
(Jaime retrocede sorprendido.)
¿Acaso otra vez huireis
de mí como hicísteis hoy?

JAIME. (En tono sombrío.)
Vuestra fortuna sabía;
por eso de vos huí.

CLEM. (Con ternura y en tono de queja.)
¡Cómo! ¿y huísteis de mí
pensando que no os querría?...
(Jaime se estremece.)
Yo que sentí la tristeza
de no poder mereceros,
¿iba á dejar de quereros
por recobrar mi nobleza?
¿No es vida del corazon
el amor?... Si me quereis...
Pero no, no le teneis,
que mirais la condicion.

JAIME. (Ap., muy conmovido.)
(¡Oh! no; no la puedo oir.)

CLEM. Mas yo, si callé quizá
cuanto os quería, ahora ya
mi amor os puedo decir.
Pero ni yo sé expresar
lo grande del amor mio:

era mi pecho un vacío
que vinísteis á llenar.
Al veros, mi corazon
sintió inefable contento
abriéndose al puro aliento
de la primera pasion:
el dulce ardor que le inflama
es mi bien y mi alegría;
si la villana os quería
aún os quiere más la dama;
y con amoroso empeño
Reina por vos ser quisiera,
y ella vuestra esclava fuera
y vos su rey y su dueño.

JAIME. (Muy contrariado.)
¡Clemencia!... (Ap.) (¡Oh! su ternura
desarma mi furia insana...)
¿Por qué no eres la villana?

CLEM. El no serlo es mi ventura;
sí; que con ser noble ya
os pago el bien que me hicísteis;
vuestra nobleza perdísteis,
la mia vuestra será.
De vuestra justa ambicion
vereis cumplido el anhelo;
mañana dejo este suelo
con la córte de Aragon.
(Movimiento de disgusto de Jaime, que va mostrando en su actitud y semblante enojo y furor.)
Yo diré al Rey que dichosa
no podrá sin vos hacerme,
y llegará á concederme
que os dé la mano de esposa.
Veré á mi padre; ¿de él
no he de alcanzar cuanto exija?
Sí, vuestra será la hija
de don Ferran de Cornel.

JAIME. (Con ira.) ¡Jamás!

CLEM. (Ofendida.) Habeis ultrajado
mi altivez dos veces ya;
la dama no sufrirá
de vos...

JAIME. (Furioso.) ¡Hija del malvado,
calla, y teme sublevar
mi rencor, que por sèr suya
debiera esa sangre tuya
tambien mi afrenta lavar!...
(Con ademan amenazador y llevando la mano á la daga.)

CLEM. (Gritando.) ¡Oh!
(Retrocede espantada. Jaime vacila. Pausa.)
¿Es mi padre el que ansioso
buscas con saña homicida?...
No, no perdone mi vida
tu corazon rencoroso...
(Adelantándose con gran vehemencia.)
¡Monstruo, sí, dame la muerte;
hiere este pecho implacable;
hiérele, sí, que es culpable
del delito de quererte!

JAIME. (Retrocediendo muy conmovido.)
(¡Oh!)

CLEM. ¡Tiemblas... cobarde!... No,
no suelte el hierro tu mano;
rasga fiero é inhumano
el corazon que te amó:
sacia en él enfurecidos
tus rencores sin piedad...
No, no tengas la crueldad
de no apagar sus latidos!...
(Al decir esto, Clemencia rompe en llanto desolada, y Jaime, despues de vacilar un momento, luchando con sus afectos, se dirige á ella diciéndola con gran pasion:)

JAIME. ¿Por qué, por qué, Dios eterno,
tal padre vida te dió?...
(Clemencia se le acerca ansiosa.)
Pero ¡no es tu padre, no,
aquel monstruo del infierno!

CLEM. ¡Dios mio!... (Apartándose desolada.)

JAIME. Sí, húyeme,
mujer, que tengo que odiarte;
húyeme, y por olvidarte
para siempre yo te huiré.

(Retrocede, y conteniéndose, exclama con vehemencia.)

Mas ¿qué quiere mi pasion?...
Si no puedo huir de mí,
cómo, cómo huiré de tí
si estás en mi corazon?

(Se vuelve á ella y ella se le acerca, diciendo:)

CLEM. ¡Jaime, en mi sangre y mi vida
templa tus fieros enojos!...

(Arrodillándose. Jaime la sostiene.)

JAIME. ¡Tú, gloria y luz de mis ojos
estar á mis pies rendida!...

(Ella persiste en arrodillarse, y tomando sus manos dice:)

CLEM. Amándote, estaré así
por calmar tu saña impía...

JAIME. Locura es, Clemencia mia,
que pienses siquiera en mí.

CLEM. Mas siendo mi vida ya
esta pasion casta y pura,
si es el quererte locura,
no quererte ¿qué será?

JAIME. (Muy conmovido.)
(¡Oh!)

CLEM. Jaime mio, si amar
es un celeste contento,
¡qué amargura, qué tormento
tan horrible será odiar!...
Apaga el rencor impío
que es tu verdugo inclemente,
y por mi amor inocente
perdona ya al padre mio.

JAIME. ¡Oh! ¡Calla!... no vuelvas, no,
á pronunciar ese nombre.

CLEM. (Con desmayo.)
(¡Dios mio!...)

JAIME. ¡Perdonar al hombre
que á mi padre deshonró!...

(Pausa. Clemencia solloza y se levanta como huyendo de Jaime.)

¡Oh! nunca, nunca; por él
en vano será que implores...

(Irritado consigo mismo.)
Pero ¿y cómo hablo de amores
á la hija de Cornel?...
¡Aparta! (Rechazándola.)

ESCENA X.

DICHOS y CORNEL.

Aparece Cornel por la derecha y se adelanta con viveza.

CORNEL. ¡Ella es!... Ven á mí,
hija mia!... Te buscaba
y ya me desesperaba
no hallarte.

CLEM. (Aterrada.) ¡Mi padre!...

CORNEL. (Yendo hácia ella.) Sí.

JAIME. (Exclamando colérico.)
¡Tú eres Cornel!...

CLEM. (Gritando alarmada.) ¡Compasion!
¡Dios mio!... (Corre á los brazos de su padre.)

JAIME. (Á Cornel, que está estupefacto.)
¡Y yo te he hablado
y no me lo ha revelado
el odio del corazon!...
(Cornel asombrado. Clemencia muda é inmóvil de espanto.)
¡Al fin te hallé!... ¡Al fin cumplida
se ve mi ansiedad inmensa!...
¡Oh! Este gozo compensa
todo el dolor de mi vida!

CLEM. (Azorada.) (¡Padre mio!...)

CORNEL. (Tendiendo el brazo á Clemencia, que con la actitud muestra su angustia y terror.)
(Á Jaime.) ¿Es insolencia
ó locura? Hablad... si no...
(Llevando la mano á la espada.)

JAIME. (Con saña reconcentrada.)
¿No te dice quién soy yo
el grito de tu conciencia?
Pero estará muda, helada
la conciencia del malvado...
Dí, Cornel, ¿te has olvidado

de don Lope de Moncada?

CORNEL. (¡Oh!) (Estremecido, ap.)

JAIME. ¿Te acuerdas que á cuchillo
su gente fiel pereció,
y que su hijo murió
abrasado en su castillo?

CORNEL. Pues ¿quién sois? (Asombrado.)

JAIME. Mirame, sí;
soy un espectro iracundo;
soy un muerto para el mundo,
pero un vivo para tí!

CLEM. (Asustada ap.) (¡Padre!)

CORNEL. El hijo del traidor!...

JAIME. ¡Villano! (Pone la mano á la espada.)
Vacilo al verte,
porque es muy poco tu muerte
para saciar mi rencor.
De la venganza el placer
me he de gozar con matarte,
mas quisiera vida darte
para volverle á tener!
(Desenvainando la espada.)

CLEM. (Gritando.) ¡Dios mio!
(Dirígese hácia la puerta del fondo y luégo vuelve al lado de su padre, como para defendezle.)
Favor!...

JAIME. (Á Cornel.) Implora
por ella tú: morirá
tambien: nadie os libra ya
de mi saña vengadora!
(Ántes de dar lugar á que Cornel se revuelva y saque la espada, va á acometerle.)

ESCENA XI.

DICHOS y el P. MANUEL, RITA y RAIMUNDO.

P. MAN. (Entrando presuroso y deteniendo á Jaime.)
¿Qué haceis?

JAIME. ¡He de matarle!

P. MAN. ¡Asesinar á un anciano!...
(Cornel ha sacado la espada y está en guardia.)

JAIME. (Al P. Manuel, que está interpuesto.)
Matar á un monstruo, y en vano
habeis venido á librarle.

P. MAN. (Á Jaime.) Refrenad ese furor.

JAIME. (Al P. Manuel interpuesto.)
Temed vos vuestro castigo.
¿Sabeis quién es?... vuestro amigo
Cornel, el vil impostor.

RAIM. (Dirigiéndose á donde está Jaime.)
¡Él Ferran!...

JAIME. ¡Le mataré!

P. MAN. ¡Atrás!

CORNEL. (Al P. Manuel.) Dejadle lidiar.

JAIME. (Furioso.) No me querais estorbar,
pues sobre vos pasaré.

P. MAN. ¡Hundid en mí vuestra espada
si tanta saña teneis!..

JAIME. Al hijo no provoqueis
de don Lope de Moncada.
(Movimiento de asombro en el P. Manuel. Rapidez.)

CORNEL. ¡Dejadle; aún me sobra brío!

P. MAN. (Estupefacto.) ¿Su hijo dijísteis?

JAIME. (Amenazando al P. Manuel.) Si; vos
apartad, ó ¡vive Dios!...

P. MAN. (Abriendo los brazos: con pasion.)
¡Hiere á tu padre, hijo mio!
(Rita, Raimundo y Clemencia muestran su asombro.)

JAIME. (Petrificado.) ¡Mi padre! (Deja caer la espada.)

CORNEL. (Retrocediendo con espanto.) ¡Don Lope!...

D. LOPE. Sí;
tu padre que fué cautivo
y que vuelve á hallarte vivo
cuando lloraba por tí.

JAIME. (Sin salir de su estupor.)
¡Y perdonais al impío
y á su hija protegísteis
y ahora á salvarle vinísteis?...
¡Padre!... ¡Padre!... (Cayendo en sus brazos.)
¡Padre mio!... (Pausa.)

RITA y RAIM. ¡Señor!...
(Dirigiéndose á él afectuosos y conmovidos.)
(El P. Manuel les tiende las manos, que ellos es-

trechan con efusion.)

CLEM. (Yendo hácia su padre.) (¡Padre, huid de aquí!)

D. LOPE. (Á Raimundo.) ¿Tú eres mi Raimundo fiel?

RAIM. Sí, salvé á Jaime, y con él
lejos de Aragon huí.
(Muy conmovido.)
¿Cómo podeis perdonar
á ese villano impostor?...

D. LOPE. ¿Y quién es el pecador
para poderse vengar?...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el REY, AZAGRA, NOBLES, un CAPITAN y SOLDADOS, con antorchas.

D. LOPE, JAIME, RAIMUNDO y CORNEL.
(Cada uno en el tono que conviene á su situacion, se inclinan respetuosamente.)
¡El Rey!

CAPITAN. (Al Rey, señalando á Jaime.) Aquel es, señor.

REY. (Á Jaime.) ¿Sois vos el fiero enemigo
de mi más leal amigo
y el que defiende á un traidor?...

JAIME. (Adelantándose respetuoso.)
Inútil fuera negar:
á Cornel hoy ultrajé:
y... señor, más os diré,
ahora le quise matar.

REY. ¡Ante el Rey tal osadía!...
¡Guardias!...
(Á una seña de D. Jaime, algunos soldados se adelantan. D. Lope ansioso va á dirigirse al Rey. Cornel lo observa todo, y despues de vacilar un momento, se acerca y cae á los piés del Rey exclamando lleno de confusion.)

CORNEL. ¡No; lo he merecido!...
(Movimiento general de asombro. Los soldados se paran.)

REY. (Levantándole.)
¿Sois vos, mi Ferran querido?

CORNEL. (Con los ojos bajos.)

Señor, sí... y la culpa es mia.

REY. (Sorprendido.)
¿Vuestra? Pues ¿qué agravio fué?

CORNEL. Es el hijo de Moncada.

REY. ¿Del que su traicion burlada
vió por vos?..

CORNEL. (Con resolucion y humillándose.)
¡Le calumnié!...

(Asombro general. Los nobles se miran unos á otros. El Rey queda estupefacto.)

AZAGRA. ¡No fué traidor!... (Horrorizado.)

REY. ¡Ferran!...

D. LOPE y JAIME. (Ap.) (¡Oh!)

CORNEL. Como enemigo le odiaba;
dos villas me disputaba
y en las Córtes me agravió;
entónces venganza impía
juré y logró mi fiereza
por cartas que á vuestra alteza
y á sus villas escribía,
y que en mis manos cayeron,
hacer que le condenára
el consejo, y declarára
que al infante escritas fueron...
¡Ay! con mi fiera pasion
yo, infeliz, viví vengado,
y él, dichoso, hoy ha encontrado
su venganza en el perdon.

REY. (Con reprimido enojo y pena.)
¡Y le pude condenar!...
¡Bien urdida fué la trama!...
(Á Jaime.) Su fortuna, honor y fama
en vos he de restaurar.

JAIME. (Inclinándose.)
¡Oh!... Señor...

CORNEL. (Señalando á D. Lope, que ha quedado detrás del Rey, á la derecha.)
Aquí está él.

D. LOPE. (Á Cornel.) (Ferran, no os humilleis tanto.)

CORNEL. Vedle, señor, es un santo.

AZAGRA. (Asombrado.) (¡El abad de San Miguel!...)

REY. ¡Cómo! ¿Vos?... (Asombrado y en tono de duda.)

D. Lope. (Humilde.) La hueste mia
deshecha, cautivo fuí,
y en el cautiverio oí
que mi hijo muerto había.
Yo, muerto al mundo, infamado
y sin mi Jaime querido,
por los monjes redimido
quise vivir ignorado.
Jaime. (Ap.) (¡Padre del alma!)
Rey. Si así
perdonásteis tan piadoso,
espero que generoso
me perdonareis á mí.
D. Lope. ¿Á vos, señor? (Confuso.)
Rey. (Resueltamente.) Á mí; quiero
que me perdoneis mi error.
D. Lope. ¿Vos?..
Rey. (Con energía.) Más que conquistador
debo ser rey Justiciero.
Hora, vos, á ser mi amigo
y consejero vendreis.
y ya en la córte tendreis
el primer lugar conmigo.
(Á Cornel.)
Con vuestro remordimiento
vos una celda á ocupar
ireis.
D. Lope. Dejadme gozar
de la paz de mi convento.
Y él, señor, mucho sufrió
y su culpa ha reparado.
Rey. Cual vos habeis perdonado
no puedo perdonar yo.
Cornel. (Anonadado.)
Señor... sí; ni alzar la frente
debo en el mundo, es verdad;
mas por mi hija mirad,
señor, que ella es inocente.
Rey. (Yendo hácia Clemencia, que Cornel le señala, y que toda la escena está al lado de Rita, como privada de accion y llena de dolor.)
¡Oh! Sí; venid; yo os tendré

cual hija mia á mi lado,
y esposo de vuestro agrado
de mis nobles os daré.

RITA. (Ap.) (¡Ah! ¡ya respiro sin susto!)

CLEM. (Arrodillándose.)
¡Dadme las plantas, señor!...

REY. ¡De cuánto crímen y horror (Sosteniéndola.)
libra la virtud de un justo!

JAIME. Vida me dais y esperanza
cuando á término fatal
iba.

REY. (Con solemnidad.) Volver bien por mal,
esa es LA MAYOR VENGANZA.

FIN DEL DRAMA.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á las cinco	1	D. E. Jackson	Todo.
El que la sigue	1	Jacobo Sales	»
El que todo lo quiere	1	Leopoldo Vazquez	»
Por dinero baila el perro	1	Cárlos Frontaura	»
Un marido soltero	1	Antonio Zamora	»
Á mí qué	2	Eduardo J. Cortés	»
El corazon de un perdido	2	Mariano Chacel	»
El Manco de Lepanto	2	Enrique Zumel	»
Los bandos de Cataluña	2	Enrique Zumel	»
Carracuca	3	N. N	»
El ángel del hogar	3	Ángel Torromé	»
El árbol sin raíces	3	Herranz y F. Bremon.	»
El castigo sin venganza	3	Emilio Álvarez	»
El estómago	3	Enrique Gaspar	»
El sorteo	3	Luis Blanc	»
Jugar al escondite	3	Eusebio Blasco	»
La esposa del vengador	3	José Echegaray	»
La mayor venganza	3	F. Sanchez de Castro.	»
La Vírgen de la Lorena	3	Juan José Herranz	»
La hiedra de la masía	4	Federico Soler	»
Quimeras de un sueño. (Mágia.)	4	Enrique Zumel	L. y M.
ZARZUELAS.			
El barberillo de Lavapies	3	L. Mariano de Larra.	Libro.
El velo de encaje	3	P. y Brañas y F. Cab.	L. y M.
El maestro de Ocaña	3	Cárlos Frontaura	Libro.
Los dos sargentos franceses	3	Emilio Alvarez	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.